
EDICIONS INTERNACIONALS SEDOV

Serie: Documentos históricos

Grupo Germinal

germinal_1917@yahoo.es

La crisis de la Liga Comunista Revolucionaria y la escisión “En Marcha”

Por el
Buró Político de la Liga Comunista
1973

[extraído de *Boletín n° 20*, boletín interno de la Liga Comunista, Organización simpatizante de la Cuarta Internacional en el Estado Español, páginas 1-42¹

I. LA LCR EN LA ENCRUCIJADA

1. Las movilizaciones contra los Consejos de Guerra de Burgos, en diciembre de 1970, abrían un período de signo nuevo en la lucha de clases en el territorio del Estado español. Insertándose en la onda de nuevo ascenso de la revolución mundial disparada desde 1968, hacían de nuestro país uno de los eslabones más débiles de la crisis combinada del imperialismo y el estalinismo. El desarrollo de una amplia capa de luchadores de vanguardia del proletariado, la juventud y otras capas oprimidas, dispuestos a los combates más radicales, ha resaltado cada vez más desde entonces las grandes posibilidades de llevar adelante la tarea fundamental impuesta a los revolucionarios: el avance en la construcción del partido de tipo leninista sobre la base de la maduración de aquellos sectores de vanguardia y su disputa a la influencia de reformistas, centristas e “izquierdistas” mediante un curso resuelto hacia las masas. Un curso de preparación del proletariado ay las masas oprimidas con vistas a la huelga general que derrocará a la dictadura, poniendo a la orden del día la cuestión del poder.

Todo ello planteaba tareas que desbordaban ampliamente los cuatro principios ideológicos y cuatro adquisiciones tácticas radicales de los

diversos grupos “izquierdistas” surgidos en 1969-70, entre los que se hallaba COMUNISMO. De aquí en el ascenso sin precedentes a partir de 1970 provocase la crisis en cadena y sin precedentes a partir de 1970 provocase la crisis en cadena y sin tregua de todas esas formaciones incapaces de oponer una alternativa política revolucionaria global a la bancarrota reformista. El grueso de esas corrientes ha ido pasando desde sus iniciales evasivas centristas e “izquierdistas” que poco hacían por confrontar eficazmente la línea traidora del PCE, hasta crecientes adaptaciones directas a la política estalinista o al sindicalismo. A lomos del ascenso de luchas apoyándose en esa incapacidad, el estalinismo ha podido disponer de un mayor margen de maniobra para intentar capear el temporal de sus propias crisis, que siguen profundizándose conforme la dirección carrillista extrema sus ofertas de salida “liberal” a la bancarrota del franquismo. En efecto, mientras la política del “Pacto para la Libertad” del PCE gira sin cesar hacia nuevos reajustes derechistas, la lucha de masas empujada por la agravación de las contradicciones, choca con fuerza creciente con esa política, desbordándola con una intensidad nunca vista. Ello alimenta un proceso de erosión del control de la dirección del PCE sobre los luchadores de vanguardia y en sus propias filas, en las que se siguen dando desgajamientos, a pesar del papel de contención que juega el espectáculo del naufragio político generalizado de las formaciones centristas e “izquierdistas”, faltas de un programa revolucionario que les permitiese salir de su impotencia e insertarse firmemente en el ascenso de la luchas de masas.

2. El combate de la LCR entre principios de 1971 y mayo de 1972 supone el intento de mayor alcance surgido de entre esos grupos para la construcción de la alternativa revolucionaria del proletariado a la crisis del capitalismo y la dictadura.

La LCR, surgida del grupo COMUNISMO, venía marcada por gran parte de las tareas comunes a la generación de grupos “izquierdistas” y espontaneistas de los años 69-70. Pero se diferenciaba de ellos por su comprensión de la necesidad de poner en el puesto de mando, dominando cualquier otra cuestión, la estrategia de la revolución proletaria basada en fundamentos científicos y la construcción del partido marxista leninista soporte de la misa. Y sobre todo era consciente de que la resolución de tales tareas no podía ser abordada en un plano “nacional” sino que debía entroncar con la tradición del movimiento obrero revolucionaria a través del marxismo leninismo de nuestro tiempo, el trotskismo, ligándose orgánicamente al combate por la edificación de la IV Internacional.

La aproximación a la IV Internacional nos proporcionó una visión general del ascenso revolucionario mundial desde 1968 y elementos estratégicos que nos permitían situar dentro del mismo la crisis del capitalismo español, acelerada desde comienzos de la pasada década. Más adelante subrayaremos cómo las elaboraciones avanzadas a partir de ahí, netamente insuficientes, trataban de parchear desordenadamente las grietas abiertas por el inmediato desbordamiento de las previsiones iniciales (exclusivamente “tácticas”) bajo los golpes de la extensión y radicalización de las acciones obreras y estudiantiles en que interveníamos. Por el momento, sintetizaremos esos avances en la definición de la Huelga General Revolucionaria contra el franquismo como perspectiva de centralización de todas las acciones actuales del proletariado y las masas oprimidas.

Estos desarrollos fragmentarios, que superaban los de cualquier organización centristas o “izquierdista” apuntalaron la lucha tenaz por construir una organización extendida a las principales localidades del Estado que, a partir de una intervención centralizada en torno a campañas de agitación y propaganda (elecciones sindicales, luchas generalizadas de SEAT, FERROL, Vietnam, etc.) comenzó a tomar pie no sólo entre la juventud escolarizada sino incluso entre la vanguardia obrera de diversas zonas. La recomposición del movimiento estudiantil en puntos como la universidad e Madrid o la enseñanza media de Barcelona, no puede explicarse sin la Liga. Al mismo tiempo, ésta protagonizaba en el movimiento obrero la popularización e inicio de poner en la práctica en diversos combates fabriles los métodos de combate directo y formas de democracia proletaria de masas. En particular, la propagación de la experiencia de comités elegidos en asambleas, y la práctica, de la autodefensa mediante piquetes, se halla vinculada indisolublemente a la lucha infatigable de la LCR. Ese es, en líneas generales, el haber de la LCR.

3. Sin embargo, a la hora de hacer un balance de dicho período, debemos reconocer cuán insuficiente resultó, para avanzar en el cumplimiento de nuestras tareas, nuestra voluntad de lucha por la construcción del partido, proyecto del que nos reclamábamos y nos reclamamos. Estábamos armados apenas con algunos avances estratégicos incorporados sin orden ni concierto y desarmados por concepciones extrañas a los métodos leninistas de construcción del partido. El eje de nuestra política los constituían en realidad unas “tácticas” de construcción del partido ajenas a esos métodos. Las referencias a principios marxistas, así como las elaboraciones estratégicas, no eran más que complementos fragmentarios, subordinados a aquellas “tácticas”, con las que pretendíamos ganar audiencia y fuerzas

militantes entre la vanguardia obrera y juvenil al margen de los avatares y exigencias del combate de la clase. Carecíamos del arma más afilada de que podemos disponer los revolucionarios para ello: la asimilación del “Programa de Transición”, documento fundacional de la IV Internacional. La consecuencia fue que la LCR en modo alguno superó de forma radical la incapacidad de las corrientes “izquierdistas” y centristas para responder a las tareas de un periodo que nosotros mismo definíamos como el periodo de la Huelga General Revolucionaria. Un periodo en el que la agudización de la lucha de clases a toda su fuerza a aquella verdad general de la época del capitalismo agonizante:

En efecto, el auge de la lucha de masas nos había obligado a romper el marco circulista y teoricista de COMUNISMO, para responder a las inmensas posibilidades de avanzar en la construcción del partido en estrecha ligazón con sus combates. Solo el “Programa de Transición”, aportándonos el método marxista revolucionaria podía armarnos para definir las tareas centrales del periodo y asimilar el método de su cumplimiento, el método de construcción del partido revolucionario, de la IV Internacional. Y efectivamente, el grupo COMUNISMO desembocó en una opción por la IV Internacional por la convicción de que sólo las bases programáticas de ésta podían constituir el punto de partida del esfuerzo por construir el partido.

Una muestra diáfana de cómo el grupo COMUNISMO, en su última etapa, luchaba en la mayor confusión pero con la mayor sinceridad para abrirse esa vía, fueron los trabajos preparatorios de una conferencia, a fines de 1970, en los que se hacía por primera vez un planteamiento correcto del papel de las reivindicaciones democráticas, en particular la cuestión sindical y se abordaba incluso el problema del Frente Único Obrero y del gobierno de Frente Proletario. Tras esos avances había dos cosas. Una aceleración del ascenso de las luchas, que a través de combates como las grandes huelgas de la construcción de 1970 iba a desembocar en las movilizaciones contra los Consejos de Burgos, en primer lugar. En segundo lugar, el inicio del estudio del “Programa de Transición” en el grupo COMUNISMO. Ciertamente, tales avances eran aún insuficientes para facilitar una ruptura total con el “izquierdismo” (vgr., persistíamos en nuestras posiciones erróneas sobre CCOO). Pero hubieran podido poner las bases de esa ruptura en caso de profundizarse, cosa que no ocurrió. Hay que ver por qué. La razón es que, en los meses siguientes, el avance en la comprensión del método del Programa de Transición fue suplantado por la adopción de la “política de iniciativas en la acción”, línea de construcción de las secciones de la IV Internacional en la Europa capitalista, cuyas bases fueron definidas en su IX Congreso. Apartamos de nuestro pensamiento la

necesidad de abordar la problemática del Frente Único Proletario, renunciamos también a las elaboraciones estratégicas iniciadas sobre la crisis de la dictadura, pues todo lo que de momento necesitábamos, según nos aconsejaron algunos camaradas de la Ligue Communiste francesa, era una “táctica de construcción del partido”. Así, esta política desarrollaba con éxito la finalidad que le habían asignado sus promotores en el movimiento trotskista mundial: facilitaba la ligazón con la IV de un grupo centrista... sobre la base de ayudarle a preservar sus errores (cfr., el método seguido con el PRT).

Según esta política, tratábamos de construir la organización trotskysta, conquistando a los mejores elementos de la vanguardia obrera y juvenil, a través del “impulso de acciones capaces de arrastrar a las partes más sanas de la vanguardia” sin pretender responde a las exigencias de desarrollo del movimiento obrero y popular. Se trataba de una orientación que no iba dirigida a la participación e impulso de movilizaciones de las masas tras sus necesidades, que no confrontaba a la vanguardia con esas tareas, sino que se centraba en el desarrollo de “acciones revolucionarias de la vanguardia” capaces de señalar cuál era el camino que deberían seguir las masas. Todos nuestros esfuerzos iban dirigidos a afirmarnos como “polo de referencia” más “dinámico” que los demás, estableciendo una delimitación ejemplar entre el reformismo y la lucha de clases. Toda nuestra política iba dirigida a conquistar una preponderancia en los sectores de vanguardia obrera y estudiantil den ruptura con el reformismo, pretendiendo conseguir esto fuera de una orientación revolucionaria hacia las masas, tarea que dejábamos para otra “fase” de construcción del partido. Esta política era reflejo y a su vez factor de profundización de una adaptación creciente al centrismo e “izquierdismo” predominantes en las “nuevas vanguardias” que queríamos ganar al margen del impulso de una línea clase contra clase capaz de enfrentar realmente a los nuevos luchadores con la línea colaboracionista de las direcciones stalinista y sindicalista, capaz de agudizar las contradicciones entre éstas y sus militantes, capaz de liberar realmente a los militantes centristas e “izquierdistas” de su ultraizquierdismo. La “unidad de acción” con los “revolucionarios” contrapuesta a la política de frente único obrero expresaba la negativa a ofrecer una respuesta revolucionaria frente al reformismo a una vanguardia desbordada por las tareas que le planteaban la lucha de masas. El abandono de las tareas de combatir la política del PCE en el seno del grueso del movimiento obrero y popular, la actitud sectaria hacia las Comisiones obreras, expresión del proletariado español bajo y contra el franquismo, era la otra cara de la misma moneda.

4. De este modo, en una situación en que el estallido de combates generalizados de envergadura creciente, preparados por mil combates en las fábricas, movilizaciones sectoriales, etc... liberan franjas de luchadores cada vez más amplias, haciéndolas disponibles para una acción contrapuesta a la política de las direcciones pequeñoburguesas, y a pesar de haber avanzado más que ninguna otra organización en la elaboración de una línea de generalización de las luchas (tanto en los objetivos como en los métodos de combate), nuestro rechazo a una línea de frente único proletario, nuestra incompreensión del papel jugado por Comisiones Obrera y el que debían jugar los trotskistas en su seno, el propagandismo ejemplarista a que reducíamos estos objetivos y métodos de combate, limitaron extraordinariamente el alcance de las orientaciones avanzadas y las mismas posibilidades de desarrollo de la LCR en la clase obrera.

A su vez, nuestra intervención en el movimiento estudiantil nos hizo perder gran parte de las ventajas que nos proporcionaba una comprensión superior de la dinámica política general de las luchas, al darnos como estrecha finalidad la decantación de una franja de la vanguardia como mano de obra de nuestras “campañas de organización”. Esta política basaba una orientación activista superficial, salpicada de apariciones espectaculares, que nos colocaba en la espuma del movimiento a nos hacía seguir sus altibajos sin querer darle objetivos que le fortaleciesen ni organización adecuada. Una llamada “dialéctica de los sectores de intervención”, muy alejada de la dialéctica marxista, nos incapacitaba para jugar un papel en la vertebración del movimiento estudiantil, en la unificación de las luchas de la juventud escolarizada y los trabajadores de la enseñanza y en su ligazón con los combates de la clase obrera. Acentuando las limitaciones propias del movimiento estudiantil aislado, impedía también la positiva influencia que podía ejercer éste en el movimiento obrero y el apoyo que podía prestarle como componente dinámico de una alternativa estratégica de Frente Único de clase contra la dictadura, a la vez que dejaba en gran medida de llevar una línea de masas en la universidad a las corrientes corporativistas. Así, esta política, que pretendía cínicamente “instrumentalizar” el movimiento estudiantil al servicio de una “táctica” de construcción del partido, introducía en realidad en la organización las concepciones “izquierdistas” que habían tenido su caldo de cultivo en aquel movimiento y más allá de los “éxitos” puntuales, empujaba a medio plazo a un proceso de pérdida de influencia de los trotskistas en la juventud.

A todo ello hay que añadir el desgaste profundo que significaba para la organización y el elevado costo represivo (afectando a veces sectores enteros) que suponía el curso de iniciativas callejeras minoritarias.

Las contradicciones de nuestra intervención obligaron muy pronto a realizar rectificaciones. La lucha de clases, a lo largo de 1971-72, fue derrumbando nuestros presupuestos iniciales. Cada día se robustecía la combatividad y radicalización de las masas. A caballo del auge de luchas, la conformación de nuevas capas de obreros de vanguardia determinaba un desigual, pero real, proceso de afluencia de luchadores a las CCOO que nosotros habíamos despreciado, fortaleciéndose la influencia de la fracción del PCE, hegemónica en las CCOO. La “extrema izquierda”, sorprendida por esta súbita “recuperación” del stalinismo, no veía otro medio de “corregir” y “ligarse a las masas” que desplazarse hacia posiciones cada vez más derechistas. Así se ha producido la descomposición del “izquierdismo”, su paso a un inestable “centrismo radical” y, más recientemente, al “centrismo de derechas.”

La famosa táctica de conquista de la vanguardia y de hegemonía en la extrema izquierda tuvo como resultado la incapacidad de incidir en las crisis de los grupos “izquierdistas” (porque cojeábamos del mismo pie), y estas crisis se resolvieron invariablemente en el sentido indicado. Más aun: cada cambio en el rumbo de estas “vanguardias” comportaba la necesidad de cambiar nuestra “táctica” de construcción del partido para adaptarla a las nuevas caracterizaciones de las “nuevas vanguardias”, la “extrema izquierda”, etc. Ahí se introducían los retales programáticos de que hablábamos antes, destinados a cubrir cada nuevo paso de las luchas y cada nueva versión de la “política de iniciativas”. La confusión interna resultante de esas sucesivas versiones incapacitaba cada vez más a los militantes para comprender la política de la LCR. En realidad, se trataba de un curso de rectificaciones parciales, empíricas, a rastras de los acontecimientos de los combates de clase, y que no rompían en modo alguno con las concepciones de fondo que habían animado nuestro método de construcción de la organización comunista: LA CONQUISTA de los obreros avanzados el margen de una estrategia revolucionaria de movilización de las masas. Este enfoque, profundamente despreciativo del marxismo y de la clase obrera, nos condenaba a ir siguiendo los epifenómenos adaptándonos siempre con retraso a la última moda de “la vanguardia”, a la que suponíamos, con un método típico del centrismo, en proceso de permanente “deseectarización”. No partíamos de las exigencias objetivas que se desprendían de la crisis del capitalismo español y de su dictadura, de las necesidades de las masas y de la dinámica y leyes de su movilización, que era lo que, realmente, producía los procesos de diferenciación en el seno del movimiento obrero organizado. Negándonos a partir de las exigencias objetivas del movimiento en su conjunto, participábamos de la misma ceguera e impotencia de la “extrema izquierda”.

Expresión de esta debacle, el primer Congreso de la LCR, a comienzos de 1972 fue el *impass* en que se concentraron la superposición de versiones de la política de iniciativas y la falta de una orientación para afrontar la cuestión del stalinismo y las CCOO. A la vez, era la culminación de enfrentamientos internos con fuerte carga burocrática entre el método de correcciones oportunista con el que la dirección intentaba ya dar salida a la bancarrota de las formulaciones iniciales de la política de “iniciativas” y la resistencia de otra parte de la organización, aferrada todavía a la penúltima versión de esa política, con mayor carga izquierdista y con fuerte reticencia a los deslizamientos oportunistas que se introducían en cada rectificación.

El Congreso no pudo aprobar ni un solo párrafo, ni una letra. Sin embargo, en un contexto de nuevos estallidos de luchas generalizadas (Ferrol) y de agravación general de la crisis de la llamada “extrema izquierda”, la dirección de la LCR se vería obligada a acelerar y acentuar sus rectificaciones, para salir del *impass* en que nos colocó el primer Congreso. Así estalla la crisis: en mayo de 1972, el CC quedaba dividido en dos tendencias, cuya lucha dentro de la misma organización terminó en diciembre con el golpe escisionista de la minoría partidaria del giro del IX Congreso.

5. La crisis declarada en mayo de 72 abría una encrucijada, expresada en las posiciones contrapuestas de ambas tendencias. Para los camaradas de la tendencia “en marcha”, los errores y la situación crítica a que había llegado nuestra organización se reducían a la persistencia de unas “relaciones sectarias con el movimiento obrero organizado.” Esto era todo. Se trataba, pues, de solucionar la situación dando simplemente algunos pasos más en la “desectarización”, común a toda ala “nueva extrema izquierda”, pasos que culminaban con la “entrada en CCOO” y con la formulación táctica de frente único “*sui generis*”. En realidad, a la mayor quiebra de la política de iniciativas ponían el mayor parche: la nueva versión de esta política consistía en añadir a la “táctica” basada en la “extrema izquierda” una “táctica” complementaria cuyo centro era, de hecho, un entrismo a largo plazo en Comisiones Obreras (el primer cuidado de la dirección fue una insistencia desmesurada en una concepción ultraoportunista de la disciplina en acción en CCOO). La adaptación al centrismo e “izquierdismo” se completaba con signos de un inicio de una adaptación al stalinismo, basada una vez más en la confusión de las políticas y direcciones con la orientación natural de las masas.

Para la tendencia “encrucijada”, detrás de la actitud sectaria respecto de CCOO se encontraba una ignorancia crasa de las leyes de movilización de

las masas, de las relaciones entre las clases y las organizaciones, así como entre los militantes y direcciones, en las condiciones de la agonía del capitalismo y de crisis de la dirección revolucionaria. De ahí la incompreensión de los lazos que vinculan la lucha de la clase obrera y el combate de los comunistas por la construcción del partido, lo cual se expresaba en una concepción de esa construcción como un proceso subjetivo, exterior a las movilizaciones y evolución de conjunto de la clase obrera. Esta era la médula de todos nuestros errores, una de cuyas expresiones era nuestra actitud sectaria respecto de CCOO.

Era preciso un debate sobre estos puntos de modo que permitiese reestructurar sobre bases firmes todos los avances estratégicos anteriores. Debate inseparable de una revisión crítica del proceso seguido por la LCR y de su inserción en la polémica internacional. Y este debate exigía la apropiación del método de construcción del partido trazado por el Programa de Transición, soslayado en la fundación de la LCR.

Nuestra defensa de la necesidad de una claridad absoluta sobre los principios de la estrategia revolucionaria era la condición para cortar el paso a los sucesivos análisis impresionistas íntimamente ligados al oportunismo en la táctica inherente a una errónea concepción de la construcción del partido. Es más, todo un conjunto de posiciones elaboradas por la fracción “en marcha” antes y, sobre todo, después de la ruptura, demuestran que el siguiente paso en la teorización de las tácticas oportunistas adoptadas, apuntando directamente a la revisión de concepciones fundamentales de los principios y de la estrategia revolucionaria. El Partido revisionista en un punto crucial del método de construcción del Partido se acompaña, tarde o temprano, con la ruptura con aspectos cada vez más esenciales del Programa de la revolución permanente. El resultado final de todo este proceso sólo puede ser, en una forma u otra, el liquidacionismo: el abandono teórico y práctico de la tarea para la que fue fundada la IV, en beneficio de alguna “nueva vanguardia”.

II. LAS DIVERGENCIAS DE FONDO

6. Dos concepciones del Programa de Transición. La LCR desde su formación y los camaradas en “en marcha” más tarde, han defendido al “Programa de Transición” como un “documento clásico” venerable, cuyo valor práctico actual se reduce al de un muestrario de reivindicaciones y consignas aislándolas, por un lado, del método leninista de construcción del Partido, y por otro, de una clara comprensión del carácter del periodo que hace necesario ese partido y que hace posible su construcción como partido de la clase obrera, en el curso de las luchas de ésta.

Frente a ellos, nosotros no hemos vacilado en definirlo como el “Manifiesto Comunista de nuestra época”, sin tratar con ello de convertirlo en un “libro rojo” de los trotskistas, ni pretender que pueda ser asimilado al margen de los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial. Pero sí afirmamos que estos acontecimientos no eran sino expresiones particulares del desarrollo de las leyes generales del capitalismo y de la movilización de las masas en el periodo histórico que sigue siendo el nuestro y que expresa de forma resumida el Programa de Transición. El periodo de la agonía del capitalismo, cuya “situación política mundial en su conjunto se caracteriza ante todo por la crisis de la dirección del proletariado” (PT).

Cuanto más se agrava la crisis del imperialismo y el stalinismo, tanto más agudamente se plantea la necesidad del cumplimiento de la tarea estratégica central del periodo: la construcción de partidos revolucionarios, secciones de la IV Internacional. Mayores posibilidades de resolución de esta tarea ofrece el método esbozado en el Programa de Transición: la intervención consciente y organizada de los revolucionarios en el curso mismo de las luchas cotidianas (enlazando su choque inevitable con las tendencias degradantes del capitalismo decadente, con un sistema de reivindicaciones transitorias, medidas de combate y organización, dirigidas abiertamente contra las mismas bases del orden burgués), que permiten transformar los estallidos de espontaneidad revolucionaria en conciencia revolucionaria, separando al proletariado de sus direcciones traidoras y avanzando en la edificación de una nueva dirección capaz de conducir al proletariado a la toma del poder.

Los camaradas de “en marcha”, identificando al “Programa de transición” con un programa de acción y, además, pasado de moda, perdiendo de vista el contenido fundamental de principios y métodos que resume el documento fundacional de la IV, pueden afirmar que, en cualquier caso, ese “Programa” sólo puede ser útil a un partido ya fuerte. Para construir ese partido fuerte, se lanzan por el camino del montaje de un aparato exterior a la clase. No ven que el método contenido en el “Programa de Transición” es la única vía que posee un grupo pequeño para devenir partido revolucionario de masas. Nosotros, en cambio, afirmamos que sólo si dominamos los principios y los métodos de transición contenidos en el “Programa” de 1938, podremos avanzar en su concreción a condiciones determinadas a la evolución de las mismas, a los cambios de relación de fuerzas entre las clases y a las nuevas experiencias de las masas, mediante la elaboración detallada y minuciosa del programa de la revolución española, íntimamente ligada a la inserción creciente del grupo trotskista en

el proceso revolucionario de las masas, en su capacidad de trabar lazos de dirección son ellas.

7. El método marxista y la “estrategia de transición” “marchista”. En uno de sus textos fundamentales, los camaradas de “en marcha” definieron así lo que califican de “estrategia de transición”: “la estrategia de transición se fundamenta en un análisis sistemático de las fluctuaciones del nivel de conciencia, para movilizar a las mismas en la acción.

Por el contrario, nosotros hemos afirmado que una política revolucionaria debe analizar en cada momento las fluctuaciones en el ánimo de las masas, como el terreno sobre el que debe trabajar la aplicación pedagógica de una estrategia fundamentada en la situación objetiva. Como señala Trotsky, “El programa se adapta a los elementos fundamentales y estables de la situación, y nuestra tarea consiste en adaptar la mentalidad de las masas a esos factores objetivos (...) La crisis de la sociedad es la base para nuestra actividad. La mentalidad es la arena política de nuestra actividad. Debemos dar una explicación científica de la realidad y exponerla claramente a las masas. Esta es la diferencia entre el marxismo y el reformismo.” Trotsky nos puso seriamente en guardia contra el peligro de confundir la necesaria adaptación pedagógica al nivel de conciencia de las masas que debe realizar una política intransigentemente basada en las condiciones objetivas, con una adaptación política a las corrientes pequeñoburguesas que pueden predominar en la audiencia de las masas, o de la vanguardia, en un momento dado.

No tenemos ninguna duda acerca de que la concepción afirmada por la fracción escisionista sustenta una auténtica “estrategia de transición”... desde deslizamientos oportunistas de un tipo a deslizamientos oportunistas de otro tipo. En efecto, este método fue el método de elaboración de toda la política de la Liga, y la experiencia nos dio ya un balance. Fue a partir de “análisis sistemáticos sucesivos” de las características y tendencias coyunturales del movimiento y de una parte de su vanguardia como fuimos adoptando una y otra “táctica de construcción del partido”, adecuada a aquellos cambios, pero convertir tendencias coyunturales y marginales (rápidamente contrapesadas y modificadas por otras), en tendencias fundamentales de todo un periodo, es la base de un método de análisis impresionista que no puede llevar sino a una adaptación a la realidad aparente, al olvido de las tendencias profundas que forzosamente se van a imponer, a la sustitución de la estrategia revolucionaria por la adaptación a la “estrategia” de los corrientes predominantes en cada momento.

Tal entronización de las “fluctuaciones” conduce a la castración del significado del Programa de Transición. El análisis impresionista de turno determina la política de construcción del partido frecuentemente bautizada con el nombre de “táctica” (En L.A. se han dado pasos más audaces: se trata ya de una estrategia que suplanta abiertamente el método de construcción del Partido trazado en el Programa de Transición) y, según las necesidades de esa “táctica”, se recurre a elementos sueltos del acervo “clásico” marxista revolucionario desnaturalizándolos y entrando en el camino de su revisión. Ese es el papel que asignan a un “Programa de Transición” reducido por ellos a un simple catálogo de reivindicaciones de valor histórico sin duda incalculable, pero que ya no sirven para intervenir... Y es lógico, entonces, que “en marcha” se propusiera asumir esas “estrategia de transición” a medida que la fue experimentando a través de sus propias prácticas momentáneas, luego elaborar una política. Es exactamente el método general del centrismo. Defendiéndose de nuestras acusaciones, los camaradas afirmaron que “para que esta actualidad objetiva (del Programa de Transición) llegue a hacerse necesidad subjetiva para una organización, APRA que la expresión teórica de la misma llegue a ser comprendida y asumida en toda su amplitud, es necesaria una práctica organizada” (“La liga en marcha”). El justificativo matiza limitador (“en toda su amplitud”) no consigue eliminar la profunda revisión implicada por esta concepción; en efecto, las masas llegan a hacer subjetivas las necesidades objetivas a través de su práctica, pero una organización revolucionaria y una práctica revolucionaria sólo se constituyen en torno a un programa revolucionario, basado precisamente en las necesidades y leyes objetivas.

8. ¿Adónde lleva el método que parte de las fluctuaciones? ¿Cuál es su significado político? Nuestra propia historia y la acentuación de sus errores y contradicciones por “en marcha” lo ilustran suficientemente.

Primero este método se aplicó a las sucesivas versiones de la “nueva extrema izquierda” y las “nuevas vanguardias”. En cada momento se hacía de las políticas predominantes en la “nueva extrema izquierda” la expresión “natural” de la franja de vanguardia que surgía de las luchas rompiendo con los aparatos. Se pretendía que los rasgos de cualquier grupo o célula en auge reflejaban directamente las características “estructurales” de la radicalización... hasta que a los pocos meses aquel grupo o célula entraba en crisis. Posteriormente, el mismo método se aplicó al stalinismo, en vez de determinar el lugar hegemónico en la lucha de clases de esta corriente tradicional a partir de sus lazos con la clase obrera internacional y en el Estado español, tejidos hasta la guerra civil e incluso fortalecidos en su papel en la vertebración del proletariado bajo el franquismo, En cambio,

“en marcha” utiliza un método sociologista burgués para afirmar que la extensión de las luchas, conllevando el despertar de grandes batallones proletarios “atrasados”, “inmaduros”, “cargados de millones ilusiones democráticas”, en especial los “sectores nuevos”, hace del programa de PCE “el más creíble”. En plena lucha de tendencias, los camaradas dieron una formulación más acabada de estos pasos en la adaptación a las presiones del estalinismo. Afirmaron que “la conciencia espontánea del proletariado no es contradictoria con el sindicalismo ni con el reformismo stalinista, y sí, en cambio, con el comunismo” (afirmación calcada de las de camaradas franceses según los cuales la clase obrera francesa era “espontáneamente stalinista”).

Cada “reorientación de la “táctica” de construcción de la organización ha pasado por la incorporación de un nuevo análisis objetivista de este tipo, pues tales análisis son pieza clave para justificar aquellas tácticas. Así, el descubrimiento del “stalinismo espontáneo” fue la base para introducir la táctica de frente único “sui géneris”. El panorama quedaba definido de la siguiente forma. Las capas de luchadores de vanguardia en ruptura con los aparatos reformistas, fenómeno sin duda importante, que constituye uno de los aspectos y factores del ascenso de la lucha de masas, de la radicalización propia del periodo, es considerado por “en marcha” como aislado de los procesos que se desarrollan en el seno de la vanguardia controlada por el reformismo y de los procesos que cruzan la radicalización de las masas. El movimiento obrero en su conjunto, la vanguardia obrera amplia en su mayor parte, las masas, tienden naturalmente al stalinismo o al sindicalismo. En cambio, las “nuevas vanguardias” pueden ser, o bien predispuestas al marxismo revolucionario (como se pensó en una primera fase en la LCR y también probablemente en los primeros tiempos más triunfalistas de la Ligue francesa), o bien a las posiciones supuestamente “revolucionario” de la “extrema izquierda” en general (que es lo que se pasa a pensar en un segundo tiempo, tras el desengaño de lo anterior). En cualquier caso, los estragos de este método enlazan inseparablemente el confusiónismo de las “nuevas vanguardias”, en las que piensan basar la construcción del partido, con la incomprensión del movimiento obrero y la lucha de masas, en los que piensan no puede basarse la construcción del partido.

Esta concepción objetivista no sólo descarta “para esta fase” el poder avanzar en la construcción del partido mediante un curso hacia las masas (éstas son “espontáneamente” stalinistas y sindicalistas. Considera a las direcciones traidoras como “reflejo natural” del movimiento de masas en la medida en que defina la orientación de éste precisamente por crecimiento o no de la influencia de organizaciones stalinistas, sindicalistas o centristas,

por la afluencia de luchadores obreros hacia estas organizaciones. Según ellos, la clase tiene las direcciones que se merece. La conclusión es que las direcciones no tiene responsabilidad alguna. Y los trotskistas tampoco. De ahí los razonamientos irresponsables de “en marcha”. Como testimonio nuestra trayectoria, este método puede dar resultados muy variados según el impresionismo de turno. Es rasgo común es confundir siempre al proletariado con sus direcciones, difuminar sistemáticamente las contradicciones siempre latentes entre los militantes y sus direcciones. A partir de ahí puede desarrollarse una política ultraizquierdista, que cree imposible batir al reformismo en el curso de las luchas de masas y busca una salida en “acciones ejemplares” de la vanguardia que supliendo el aprendizaje de las masas haga creíbles las propuestas de la organización revolucionaria realizando el milagro que parecía imposible. Pero también cabe, en particular tras el fracaso de la política anterior, una posición seguidista respecto de las direcciones stalinista y sindicalista, cuya influencia sobre el movimiento obrero y cuyas traiciones son interpretadas como reflejo de la falta inmadurez de las masas. Y es posible, en fin, la combinación de las dos variantes (que, en diversas proporciones, caracteriza hoy la política de “en marcha”).

Nada tiene, pues, de extraño que los camaradas de “en marcha” justifiquen a la vez estrategias terroristas o guerrilleristas, políticas de iniciativas en la acción, tácticas de frente único “sui géneris” o defiendan el voto por la Unión de la Izquierda en las elecciones francesas de 1973... y que mañana, ¿por qué no?, las alas izquierdas de los partidos socialistas jueguen el mismo papel que hoy las “nuevas extremas izquierdas”, como nueva expresión “natural”. Encubrir a las direcciones, justificar su legitimidad, ¿será el método de construir el partido?

9. Una concepción de aparato de la construcción del partido. Los camaradas de la fracción escissionista introducen algunas notas de optimismo en sus anteriores afirmaciones, admitiendo que la entrada en una situación revolucionaria será el punto de partida de un avance decisivo en la construcción del partido capaz de guiar el asalto al poder. Pues esta situación, como dice Trotsky, facilita que “un partido débil pueda transformarse en un partido fuerte, potente, con tal de que comprenda con lucidez cuál es el curso de la revolución y de que posea cuadros experimentados que se dejen embriagar por las palabras ni atemorizar por el curso de la represión”.

Pero aquí se les plantea un grave problema. Si por un lado afirman que las direcciones reformistas “sólo pueden ser desplazadas construyendo la organización revolucionaria”, por otro pretenden que el stalinismo y el

sindicalismo son la política que corresponde a la espontaneidad de la clase obrera en nuestro país. ¿Cómo, pues, podrán ser construido el partido, capaz de erradicar el stalinismo de las filas del proletariado?

Los fraccionales nos contestan recogiendo la afirmación de L. T. según la cual, en el momento de la crisis revolucionaria “la conciencia de la clase avanza rápidamente, se convierte en el dato más dinámico de la situación y el partido tiene la posibilidad de conducir al asalto del poder a la inmensa mayoría del proletariado”. Pero los camaradas “olvidan” que en el mismo texto Trotsky afirma que “semejante partido debe existir antes de la revolución, ya que la formación de cuadros exige un periodo de tiempo considerable y la revolución no deja tiempo para ello.”

Estas conclusiones de Trotsky, sacadas de una experiencia revolucionaria secular, suponen la condena tanto de la posición espontaneista que entiende el cumplimiento de esta tarea como culminación de los procesos revolucionarios de las masas, ayudadas más o menos por la propaganda del programa (lambertismo, por ejemplo), como de la posición que considera que se trata, simplemente, de construir una “organización”, construcción que evidentemente no se puede apoyar en el impulso y organización del movimiento obreros, en el desarrollo de éste, pues éste es espontáneamente stalinista en tanto la aparición cual “deus ex machina” de la organización”, en la situación revolucionaria, cambie la situación.

Les preguntamos, pues, a los camaradas escisionistas, ¿cómo construir siquiera el esqueleto de cuadros de ese partido en el periodo precedente a la crisis revolucionaria si, durante el mismo, la orientación de las masas es “todavía” contradictoria con el programa comunista y no con el sindicalista y stalinista? ¿Cómo avanzar en la construcción del partido enfrentados a unas direcciones que constituyen la expresión política de la clase?

Nada de esto resuelve la existencia de esas “nuevas vanguardias” que son terreno abonado para los “revolucionarios”. Para nosotros el surgimiento de amplias franjas de vanguardia fuera del control de los aparatos es uno de los factores de un ascenso que abre grandes posibilidades a la construcción del partido en el curso de los combates de las masas. Pero la misma caracterización que hace “en marcha” de las “nuevas vanguardias” las concibe como algo aislado de la dinámica de las luchas de masas, y la política que plantea para su conquista quizá puede sustentar “la construcción de un organización”, pero no basará la formación del Partido de la IV Internacional.

Al igual que las sectas de Lambert y de Vargas, los camaradas de “en marcha”, al establecer una muralla china entre la situación revolucionaria y el periodo preparatorio, tiene que establecer un esquema de construcción del partido por etapas. Para lambertistas y varguistas, durante el periodo preparatorio se trata de limitarse a “mantener el programa” y hacer propaganda del mismo. Par “en marcha” se trata de “construir la organización”. Sólo en la segunda etapa se tratará del programa y de las masas. Efectivamente: “La conciencia revolucionaria de las masas no es una consecuencia directa de la situación prerrevolucionaria, sino que exige un soporte organizativo que es el partido, cuya construcción es la tarea central del periodo (“La Liga en marcha”). El Programa de Transición” afirmaba que la crisis de la humanidad era la crisis de la dirección revolucionaria. Para “en marcha” se reduce a la crisis de los soportes organizativos. Pero esto sólo significa que los camaradas de “en marcha” han renunciado, “en la fase actual” por lo menos, a la lucha por la construcción del partido trotskista en el seno de las acciones de las masas y sobre la base del programa trotskista. Apoyándose en las “nuevas vanguardias”, a las que separan de las tareas de impulso del movimiento de masas, tratarán de “construir la organización”, con lo que en la otra etapa, tal vez puedan “inyectar”, como ellos dicen, el programa en las masas. (Lamentablemente, como además resulta que estas nuevas vanguardias tiene como expresión política a la “nueva extrema izquierda”, esta construcción de la organización deberá realizarse en el seno de un curso de adaptación a la nueva extrema izquierda” construyendo con ella algún “instrumento adecuado”. Esto lo abordaremos algo más adelante).

10. La estrategia y la táctica en la política de “conquista de la hegemonía entre las nuevas vanguardias”.

El método marxista de construcción del partido es inseparable de la elaboración científica de una estrategia revolucionaria. Cuanado más se agudizan las tensiones entre clases, más imperiosa es la necesidad de esa estrategia. Así, en el ascenso de la lucha de masas contra la dictadura franquista la superación de la falta de bases estratégicas que ha paralizado y corrompido numerosos intentos de construcción del partido tras rupturas iniciales con el reformismo, se imponía con la evidencia más meridiana. Había que definir las peculiaridades de la permanencia del proceso revolucionario en el Estado español, analizar las relaciones entre las clases y captar la dinámica de sus contradicciones, definir un sistema de alianzas, el encadenamiento de tareas y de objetivos del proceso revolucionario. Líneas estratégicas generales seriamente establecidas haciendo vivas en la situación peculiar del estado español las adquisiciones del movimiento obrero revolucionario internacional. Líneas generales que sean capaces de

vertebrar toda la intervención política a partir de unos ejes fundamentales avanzando a partir de ahí en la intervención y en la elaboración más completa a todos los niveles. Así, a partir de adquisiciones anteriores, la nueva línea de la LCR (hoy LC) se ha basado en la elaboración inicial de una estrategia de Frente Único de clase para el derrocamiento de la dictadura. (Ver parte siguiente). Los camaradas de “en marcha” no tienen un equivalente, como tampoco la mayoría de secciones europeas, a lo que conocemos. Y por algo.

Pues los camaradas se disponen a “construir su organización” al margen del desarrollo del movimiento del conjunto de la clase; esta organización les permitirá, luego, “variar la correlación de fuerzas con el reformismo”. Para ello, solo tienen la necesidad de emplear las más diversas técnicas y “tácticas”. Ese es su método de “construcción del partido”. Así, hoy se dedican a impulsar “acciones revolucionarias de la vanguardia”, confrontándolas a las luchas obreras y populares todavía bajo la égida de las direcciones reformistas. En una situación revolucionaria podrán oponer a la acción de las masas dirigidas aún por las direcciones traidoras lo que han llamado “suscitación de luchas de contenido revolucionario tras reivindicaciones de transición”. Pero en conjunto, he ahí una “estrategia” ultraizquierdista, que renuncia a separar al proletariado de sus direcciones y a ayudarlo a elegir dirección revolucionaria de la única forma que pueden hacerlo: a través de su propia experiencia de masa. Es, por ello, una renuncia a la construcción del partido leninista de combate. Inspirados sin duda por esa concepción estratégica, que es la del POR-C bajo Torre y la del PRT-ERP en todo momento, los camaradas de “en marcha” “responden” con sus “acciones violentas de la vanguardia” a los atentados de la burguesía. Piensan que así las masas aprenderán y ellos, poniéndose a la cabeza de las “nuevas vanguardias”, construirán su organización que les permita defender el P. de forma realista.

Cada una de sus “hazañas” contra los cristales de los Bancos, las embajadas, etc., sí como sus repercusiones en el movimiento obrero, les confirman en la idea de la estulticia de los militantes influidos por el stalinismo y en la necesidad de dedicarse a los sectores “privilegiados” que por don “estructural” constituyen un “terreno apropiado” para los revolucionarios, redoblando su búsqueda de “nuevas vanguardias” y “extremas izquierdas” en las que calen sus “iniciativas revolucionarias”. Por supuesto, no dejan de lanzar algún que otro llamamiento a las masas desde su olimpo, ignorando (y encubriendo con ello) a las direcciones. Por supuesto, no abandonan la presencia en los organismos unitarios, tipo CCOO. Siguen estando a pesar de su absoluta desconfianza en los militantes que los componen y en la presión de las luchas sobre su

conciencia, Desconfianza que les impide llevar una batalla punto por punto con el reformismo sobre cada exigencia concreta de impulso de las luchas, con un trabajo sistemático. Se trata de “estar”, haciendo las concesiones necesarias a las direcciones reformistas, como condición para poder soltar de cuando en cuando sus prédicas ideológicas. También aquí los camaradas de “en marcha” pueden hallar una guía de comportamiento en la política del POR-C frente a la Asamblea Popular.

Pero ponga más el acento en el aspecto seguidista o en el ejemplarista, lo fundamental es la unidad de enfoque de la táctica de construcción del Partido. A esta luz, parece claro que las diversas “tácticas” de construcción del partido, desarrollan una coherencia e implicaciones que las convierten en una “estrategia” contrapuesta a la estrategia leninista de construcción del Partido. Ahora bien, es evidente que APRA este tipo de irrupción puntual y oportunista en la escena política mediante “apariciones” espectaculares y “popularización” de consignas al margen del proceso concreto del combate de la clase, no se requieren grandes análisis (que no sean los análisis del último viraje de la “extrema izquierda”). Como todo propagandismo, vive de esquemas ideológicos, que los camaradas de “en marcha” bautizan con el nombre de estrategia.

En efecto, los camaradas protestan: ellos son los grandes defensores de la “estrategia de transición”, de la orientación “estratégica”! ¡”del control obrero”! etc., etc., etc., etc. Efectivamente, los “elementos del programa marxista revolucionario entran en juego con vistas a sus operaciones propagandísticas. Para sus campañas propagandístico-ejemplares necesitan unos temas ideológicos. El control obrero, en versión de fetiche “trotskyista”, les ofrece el arma para “incidir” en la problemática de la lucha económica, al margen de las exigencias actuales del combate por la independencia de clase y contra los stalinistas. Exigencias que hoy pasan más bien por el impulso de lucha de masas por reivindicaciones económicas y sociales elementales y por todas las libertades democráticas, con métodos de acción directa frente a la patronal, la CNS y la represión y facilitando la experiencia de órganos unitarios y democráticos de lucha directa de masas (comités elegidos y revocables en asamblea). Entre otras cosas, sólo un desarrollo de la experiencia de estos comités infinitamente más vasta que la actual, permite plantear seriamente la cuestión del control obrero como eje de la agitación y lucha. El “control obrero” de “en marcha” está desprovisto de todo enmarque estratégico real. Pero, a la vez, con una incidencia en las luchas de fábrica que planea alegremente por encima de las exigencias reales que deben desarrollar los revolucionarios frente a la política liquidadora del stalinismo, política que se caracteriza, ante todo, por negarse al impulso de una lucha eficaz por las

reivindicaciones económicas y democráticas más elementales. De modo parecido, la represión y la “lucha armada” constituyen otro eje de este propagandismo: los análisis de la crisis de la dictadura se reducen de la forma más esquemática al sonsonete de “la represión se recrudece” (¡por supuesto!), y las alternativas políticas que los trotskystas deben dar a todas las alternativas de la burguesía y de sus agentes reformistas en el movimiento obrero se reducen también cada vez más a la afirmación abstracta de una curiosa “autodefensa” que por ideológica deviene “ofensiva”, y que, por supuesto, se niegan a plantear como tarea del movimiento obrero, reservándola como patrimonio de los “revolucionarios”.

Esta es su concepción abstracta de la estrategia: esquemas ultrasimplificados, que resulten la complejidad de todo un periodo, centrando la atención en un par de elementos fetichizados, abstraídos del entramado de contradicciones de clase, alianzas, tareas, objetivos... Es el método de calendario dogmático para las “batallas decisivas” en Europa, el método que sustente la estrategia guerrillera en Latinoamérica. Pero, forzosamente, ello desemboca en una distorsión total de la táctica: como los soviets, el control obrero, etc., se van a poner a la orden del día, el eje de la intervención hoy son los soviets, el control obrero. Y con esos pegotes de propagandistas se cubren las espaldas para el oportunismo de sus “tácticas” de “construcción del partido”, las justifican a partir de esos análisis antimarxistas.

Lamentablemente, tal esquema de actuación política, basado en lo ideológico y en el oportunismo práctico (que encuentra en el primero los medios de un “desmarque” barato respecto del stalinismo) no es una planta desconocida: los grupos maoístas, por no ir más lejos, nos han ofrecido ejemplos destacados de tal política “revolucionaria”. Con la ventaja de que no comprometían en tal juego ni el nombre ni los elementos del programa trotskysta.

11. La cuestión del frente único.

La concepción del frente único defendida por los escisionistas partidarios del giro del IX Congreso entre de lleno dentro de este mismo esquema, constituye una de sus facetas fundamentales. Para ellos, la política de Frente Único de Clase se descompone, por un lado, en un conjunto de “tácticas” que, en el mejor de los casos no tienen otro hilo conductor que la evolución de las diversas “correlaciones de fuerzas” entre los aparatos reformistas y “revolucionarios”, y en el pero de los casos no son sino la cobertura de la adaptación oportunista a los aparatos reformistas donde la presión de estos es más fuerte. El frente único es una táctica más entre otras

tácticas, un nuevo atajo en la construcción del partido, necesario en unas etapas determinadas del ascenso de las luchas obreras y populares y en función de la “relación de fuerzas” establecida “entre reformistas y revolucionarios”. Por otro lado, incluye la proclamación en los días de fiesta de un vago y abstracto principio general de “unidad de la clase”, al que “en marcha” cierra cualquier posibilidad de plasmación política concreta al negarse a la elaboración de una estrategia global de FU de clase contra la dictadura, alternativa a la línea global del “Pacto para la Libertad” del PCE.

Los camaradas de “en marcha” buscan una coartada a la negativa a impulsar la línea de clase contra clase en la denuncia de la desviación centrista consistente en convertir el Frente Único en un principio supremo, tal como lo plantean los lambertistas. La “estrategia” lambertista del Frente Único constituye en realidad una elevación de los métodos tácticos de F.U. (como un Comité Nacional de Huelga) a principio estratégico. La presión propagandística a favor de esta “unidad” se sustituye entonces al combate por impulsar la lucha proletaria sobre la base de un programa de independencia de clase, batir realmente al estalinismo a través de la misma, y avanzar en la construcción del partido. Para ellos, la propaganda de las formas de F.U. entre organizaciones “tradicionales” sustituye al método de construcción del partido propugnado en el Programa de Transición.

Y bien, nosotros negamos la más mínima posibilidad de combatir esas posiciones de guardaflancos de los aparatos desde las posiciones que mantiene los camaradas de “en marcha” descomponiendo la política de F.U. en elemento desconexos: el principio gaseoso de unidad por un lado, las “tácticas” por otro. En realidad, ambas desnaturalizaciones de la política de F.U. corresponden a formas de adaptarse a distintas posiciones oportunistas. Son desviaciones simétricas, aunque el grado de su desarrollo y consolidación no puede ser el mismo. Ambas se caracterizan por separar al F.U. del conjunto trabado que constituye el Programa de Transición y del impulso de la independencia de la clase en el seno del movimiento obrero a través de los combates que libran las masas, como base para la construcción del Partido.

Pues la política de F.U. no constituye un artificio ocasional, exterior al método de construcción del partido trazado en el Programa de Transición, como afirman los camaradas de “en marcha” tras haber disuelto la unidad de aquel método en un recetario de reivindicaciones y consignas.

Dicho método no es otro que “ayudar a las masas en el proceso de sus luchas cotidianas y encontrar el puente de sus reivindicaciones actuales y el

programa de la revolución socialista.” La construcción de la dirección revolucionaria es inseparable de la constitución del proletariado como clase frente a la burguesía. De ahí la afirmación de “todas las fracciones del proletariado, todas sus capas, profesiones y grupo deben ser arrastrados al movimiento revolucionario” (subrayado nuestro).

Estas condiciones son las que imponen a la IV Internacional como “tarea central”, “liberar al proletariado de la vieja dirección, cuyo conservatismo se halla en contradicción completa con la situación catastrófica del capitalismo declinante y es el principal freno del proceso histórico”. Este papel de obstáculo y de freno de las direcciones tradicionales, tiene una de sus expresiones más claras tanto a escala histórica como en las luchas cotidianas en la fragmentación política y orgánica de la clase. Pero a pesar de las direcciones reformistas, predominantes en las organizaciones de que dispone el proletariado, estas organizaciones siguen siendo receptáculos de la voluntad de combate del proletariado, que querrá servirse de ellas como instrumento de su lucha.

Si el Programa de Transición plantea la construcción del partido en el curso de la movilización de las masas a través de un “sistema de reivindicaciones transitorias partiendo de las condiciones actuales y de la conciencia actual de amplias capas de la clase obrera y conduciendo invariablemente a una misma y única conclusión, la conquista del poder por el proletariado”, este método incluye necesariamente que cada una de nuestras reivindicaciones transitorias debe conducir a la misma y única conclusión: los obreros deben romper con todos los partidos tradicionales de la burguesía para establecer junto con los campesinos su propio poder.”

Así queda claro que la política de frente único de clase no hace más que dar vida a la directriz fundamental de la estrategia del proletariado, ¡clase contra clase!, ya definida por Marx y Engels, en las condiciones de división del proletariado introducidas por la capitulación sucesiva ante el imperialismo por parte de las direcciones tradicionales del movimiento obrero.

El rechazo por “en marcha” de la línea de Frente Único Proletario es en realidad la expresión de su rechazo de la concepción marxista del partido como fracción más avanzada de la clase. Los comunistas planteamos abiertamente que la unificación del proletariado como clase sólo es posible sobre la base del programa revolucionario y por la construcción del partido que lo sustente. Frente a cuantos espontaneistas y sindicalistas que presumen de poner los intereses de la clase por encima de los intereses del partido, nosotros afirmamos con Trotsky que “no es posible formular los

intereses de la clase de otro modo que en forma de programa; no es posible defender el programa de otra forma que creando un partido” Pero, a la vez, afirmamos que el partido sólo se creará en el combate por el reagrupamiento de las filas proletarias contra cada golpe del enemigo de clase, impulsando la lucha por objetivos y medidas capaces de separar a los obreros de la burguesía y sus lacayos, de atizar y organizar la desconfianza proletaria frente a todas las soluciones de conciliación de clases, de forjar el bloque unido proletario sobre la base de su independencia política sintetizada en el programa proletario. Sólo en esta lucha puede tener lugar el “desarrollo del proletariado en su conciencia, es decir, la edificación del partido”. (León Trotsky).

La política de FU se contrapone a todos los niveles a la directriz fundamental de los aparatos reformistas, la línea de Frente Popular en sus diferentes versiones, que tampoco es una táctica”, sino una de las principales expresiones estratégicas del paso de la IC del lado del orden burgués en los años 30. La política de frente único contrapone la política de alianzas revolucionarias del proletariado a la política de colaboración de clases; los objetivos, formas de lucha y organización independiente de la clase a los programas mínimos, a los métodos legalistas y pacifistas. A cualquier gobierno de coalición de obreros con representantes de la burguesía, máxima expresión política de la línea de FP opone la lucha por el Gobierno de los Trabajadores, máxima expresión política de la línea de Frente Unido Proletario. Los trotskistas no hemos olvidado la trágica experiencia de la vanguardia obrera de 1936 en general, y de Nin y sus amigos en particular. Nuestro II Congreso, frente a la línea colaboracionista del PCE y su “Pacto por la Libertad”, define una línea revolucionaria de pacto de clase contra la dictadura, dirigida a preparar su derrocamiento por la Huelga General Revolucionaria, a través de la lucha por la creciente unificación de las acciones obreras frente a los cauces burocráticos del Régimen y su aparato represivo, a través del impulso del papel dirigente del proletariado en la movilización del resto de los oprimidos; con métodos que confronten a las organizaciones y luchadores obreros ante estas tareas de lucha clase contra clase que exigen la ruptura con la burguesía a todos los niveles, para el establecimiento de una salida de clase a la bancarrota de la dictadura del gran capital.

Ahora bien, como veremos, esta orientación estratégica sólo puede vivir a través de tácticas que la mediaticen, tácticas que en condiciones de división extrema del proletariado, adquieren una importancia decisiva para el impulso de una línea clase contra clase en cada momento concreto, tácticas totalmente supeditadas al impulso de la movilización de las masas sobre la

base de su independencia respecto de la burguesía y a la lucha de los trotskistas por la construcción del Partido.

He aquí por qué la cuestión del F.U. se convirtió en elemento fundamental de todas las divergencias entre las dos tendencias, operando como un detonador de un debate mucho más amplio. A través de esta cuestión, era todo el problema de la construcción del partido el que se planteaba: ¿con qué política se construye la organización comunista y se avanza en la expulsión de las posiciones reformistas hegemónicas en el seno del movimiento obrero, “cambiando” así la “correlación de fuerzas”? A través de su concepción oportunista del FU, “en marcha” expresaba simplemente su sustitución de las tareas de elaborar una alternativa estratégica global a la crisis del capitalismo y su dictadura y a la política del estalinismo, con la fetichización de algunos temas programáticos (sean Soviets, control obrero o lucha armada) que devenían maximalismo ideológico cubriendo con frases “trotskistas” una línea de gesticulaciones ejemplares ante el movimiento obrero y que prefiere jugar al escondite con el PCE antes que confrontarlo realmente en las acciones de clase.

12. La cuestión de la “nueva extrema izquierda”

La valoración de la “nueva extrema izquierda” es punto fundamental de divergencias con la fracción escisionista “en marcha”. Para ellos, constituye una “realidad estructural” “permanente e irreversible” del periodo, dentro de la que separa de forma estática unos rasgos “progresivos”, que sobrevalora y embellece constantemente, y unas “limitaciones” y “confusionismo” con los que debemos ser comprensivos y benévolos.

Estas corrientes vehiculizan la ruptura de una franja de militantes con el aparato estalinista, franja que, dados los ritmos de la crisis de éste y el retraso y las contradicciones de la lucha por la construcción del partido trotskista, puede alcanzar una relativa importancia numérica. La ruptura de estos militantes, que comporta un alcance progresivo general en las condiciones de inexistencia de un partido revolucionario (o antes los errores de los revolucionarios que lucha por la construcción de ese partido), no sólo se congela dentro del cuadro inicial, sino además deformada por ideologías que no son sino subproductos de la regresión impuesta por el stalinismo al movimiento obrero. En un periodo de agudización de las contradicciones de clase, cada día que la “progresividad” de esos grupos sigue encerrada en el marco centrista aumenta los riesgos de que se transforme en su contrario. Estos grupo fijan la evolución de sus militantes, impidiendo que desemboquen en la ruptura consecuente con la política de los aparatos reformistas, los condenan a la parálisis total en momentos

decisivos (por ejemplo, el papel de foco de impotencia desempeñado en recientes luchas generalizadas en Barcelona por las “plataformas de CCOO”), y les lanzan a la desmoralización o a la vuelta al redil reformista.

Conscientes del espacio político que llena esta corriente en el actual periodo, los comunistas no determinamos nuestra política respecto de las mismas por consideraciones psicológicas como es propio de la fracción escisionista, sino por el papel objetivo que cubre en la lucha de clases: el de cobertura de izquierda de los aparatos y obstáculo para la construcción del partido. Papel objetivo que debemos combatir mediante una crítica implacable, basada en una claridad política y honestidad total, a la vez que partimos de la voluntad revolucionaria y de ruptura con el reformismo de los militantes de esta corriente y de las franjas de vanguardia obrera en que se apoyan, APRA empujarla adelante sobre la base de la política de FU.

La trayectoria de la LCR respecto de esas posiciones no fue otra que la de pasar del sectarismo organizativo a la “táctica unitaria”, conservando siempre la tónica de concesiones políticas al centrismo y ultraizquierdismo.

Así, la “táctica unitaria con la extrema izquierda” es otra modalidad táctica de la amplia gama que poseen los fraccionales. En este caso se trata de un instrumento complementario con su táctica “de FU”. Instrumento pretendidamente dirigido a “presionar y desbordar” a los reformistas, debe ponerse en pie a costa de no combatir a las corrientes centristas, bastando un “apoyarse en su voluntad de combate y... tiempo”, esperando que se desectaricen en lo organizativo (y se unifiquen) al margen del combate político que esto significa.

Para nosotros, la unidad el Frente Proletario en la acción práctica contra el capital, incluye también a las formaciones de este signo, Ante cada agravación de las contradicciones capitalistas, ante cada atentado de la dictadura debemos propugnar una alternativa de unificación de las filas de combate del proletariado que, basada intransigentemente en la lucha de independencia de clase emplace a los grupos centristas e izquierdistas, a ser consecuentes con lo que supone una ruptura verdadera con el reformismo y combatan por las posiciones capaces de llevar adelante la movilización de las masas, y con ello el ensanchamiento de la tijera que cada enfrentamiento de clase se abre entre la dirección del PCE y sus militantes.

Esta es la única actitud que permite combatir la tendencia de la “nueva extrema izquierda” a deslizarse hacia el oportunismo de derechas¹ y facilita

¹ En un texto del II Congreso de la LCR, hoy LC, enviado a la revista “QI” del SU de la IV Internacional, analizamos esa evolución en los años 69-73.

que cuando sus posiciones entran en crisis como consecuencia del auge de las luchas y de la experiencia de su impotencia para combatir al reformismo, vean una alternativa en el trotskismo. En cambio, con la postura condescendiente de los camaradas de “en marcha”, que se colocan junto a ellos al margen del grueso del movimiento, lo único que se ha conseguido, se consigue y se conseguirá es que los militantes centristas e izquierdistas, cuando cuestionan su propia política, cuestionen igualmente la de “en marcha” y la descarten como alternativa, pues la ven afectada por la misma impotencia. El balance de varios años de evolución de la “extrema izquierda” hacia la derecha mientras la LCR no conseguía polarizar ni siquiera una parte de la crisis de izquierdistas y centristas, sino que continuaban adaptándose a ellos, es absolutamente nítido. Creemos que es este también el balance que diversos camaradas extraen del desarme en que ha colocado la línea del IX Congreso a los trotskistas de L. A. a la hora de incidir en la bancarrota del guevarismo.

Por otra parte, la pretendida “táctica unitaria especial con la extrema izquierda”, como suele ocurrir con tales “tácticas” en el método de los camaradas de “en marcha”, llega a adquirir dimensiones estratégicas. Ya hemos aludido al papel fundamental que atribuyen los camaradas de “en marcha”, llega a adquirir dimensiones estratégicas. Ya hemos aludido al papel fundamental que atribuyen los camaradas de la “nueva extrema izquierda” en el derrocamiento de la dictadura e incluso en la resolución de una situación de doble poder, al paso que deprecian el papel que sin duda jugarán en la HGR numerosos militantes y organizaciones inferiores del PCE sin haber roto todavía con éste. Ahora bien, ante estos proyectos estratégicos, que dan una firmeza increíble a los contenidos políticos “progresivos” de centristas e izquierdistas, se plantean nuevos problemas.

13. Una ambigüedad decisiva. En efecto, en todo lo expuesto hasta aquí hemos orillado una ambigüedad fundamental en los proyectos de “en marcha”. No nos referimos a los continuos cambios de “matiz” en las definiciones de esas figuras abstractas llamadas “nuevas vanguardias” y “nuevas extremas izquierdas”, en el eterno problema de caracterizarla y delimitar sus fronteras, que es un motivo de eternas disputas. Nos referimos lugar relativo de la “nueva extrema izquierda” y la organización trotskista. Es un problema que ninguno de sus textos resuelve definitivamente. Cuando parece haberse fijado una postura, algo más adelante aparecen formulaciones que parecen contradecirla, y la sutileza de las frases envuelve en la más densa bruma.

Si la “nueva extrema izquierda” tiene un papel decisivo en el derrocamiento de la dictadura, hasta tal punto que su “transformación” y la

de la “nueva vanguardia” capitaneada por ella, es la única vía para “construir la organización”, ¿por qué no pasar a considerar las grandes ventajas del centrismo y el “izquierdismo” en la situación revolucionaria y en la crisis revolucionaria...? Pero entonces ¿para qué el partido leninista?

Nosotros pensamos que no hay necesidad de revisar el marxismo, que no hay que arrojar por la borda el Programa de Transición. Sería sumamente clarificador que los camaradas de “en marcha”, si su búsqueda perpetua de la “nuevas vanguardias” se lo permite, se aviniesen a responder de una vez por todas a esta cuestión. Porque conservar formulaciones clásicas sobre la necesidad de construir el partido para inmediatamente hacer un sutil “giro dialéctico” y cambiar los contenidos llega a incapacitarnos para comprender nada. Más cuando hubo en tiempo un tal Michel Pablo que jugaba en forma parecida con el papel del trotskismo y el de la burocracia estalinista u otras direcciones pequeño-burguesas, también para justificar “tácticas” que, entre otras consecuencias, llevaron a la IV Internacional al borde de la destrucción en muchos países.

III. DIVERGENCIAS SOBRE ASPECTOS FUNDAMENTALES DE LA PERMANENCIA DEL PROCESO REVOLUCIONARIO EN EL ESTADO ESPAÑOL

Inicialmente, ambas tendencias estábamos de acuerdo sobre los rasgos generales de la perspectiva estratégica para el Estado español. Sin embargo, a lo largo del debate y fundamentalmente a partir de la ruptura, se fueron abriendo importantes puntos de divergencia en este terreno. Todo del cuadro de divergencias expuestas en el apartado anterior y que se centran en torno a la problemática de la construcción del partido no podía dejar de incidir dando paso a nuevas divergencias acerca del carácter del periodo que hace necesaria y posible su construcción.

13. Una concepción voluntarista de la Huelga General. La agudización de todas las contradicciones de un capitalismo extremadamente débil, pillado entre la agravación de la crisis imperialista, por un lado, y el ascenso del movimiento obrero y popular, por otro, ha convertido en pura utopía tanto una perspectiva de evolución de la dictadura hacia la democracia de la mano del gran capital, como el desplazamiento de aquella bajo la presión del movimiento obrero y popular respetuosa con y sobre sectores del gran capital y sus instituciones.

El gran capital se ve obligado a aferrarse a la vieja maquinaria franquista, como quien se aferra a un clavo ardiendo. En efecto, su mantenimiento en vez de paliar cualquiera de los problemas de fondo que caracterizan la

actual situación, los agudiza cada vez más. Bajo ellos, el incontenible ascenso de las luchas proletarias y populares golpea una y otra vez a los ya carcomidos instrumentos fascistas de control y represión del proletariado y las masas. La única alternativa viable para la burguesía para intentar detener este impetuoso ascenso es, en última instancia, volcarse a una represión cada vez más feroz contra la clase obrera y el pueblo oprimido, De ahí el constante reforzamiento del aparato represivo, el cual, a diferencia de los apéndices fascistas en el seno de las masas, no ha sufrido todavía ninguna dislocación seria bajo el embate de la lucha de clases.

Esos análisis los ha venido haciendo la Liga desde los inicios de su fundación. Los camaradas de “en marcha”, sin embargo, no sólo no han profundizado en los mismos, sino que simplificándolos cada vez más y empobreciéndolos, llegan a extraer consecuencias claramente erróneas que se ajustan como la camisa al cuerpo de su método de construcción del partido.

Por una parte, su peculiar concepción de la estrategia de transición lleva a oscurecer la permanencia del proceso revolucionario. Resulta cada vez más difícil ver en sus escritos si realmente distinguen el derrocamiento de la dictadura del derrocamiento del capitalismo. El rechazo de la conquista de una verdadera Asamblea Constituyente, así como el uso ideológico del control obrero, educan a los militantes en la ilusión en que la extensión de comités democráticos, más aún, incluso el surgimiento de soviets, significan que las posiciones revolucionarias han derrotado ya la influencia de las alternativas reformistas. La consigna transitoria del Gobierno de los trabajadores se confunde cada vez más, entonces, con la dictadura del proletariado. Estas confusiones, izquierdistas mellan decisivamente las armas fundamentales del trotskismo para dar la batalla al estalinismo y demás oportunismos “democráticos”.

Inevitablemente, se ha producido un claro deslizamiento hacia concepciones voluntaristas del derrocamiento de la dictadura, que en algunos de los textos de “en marcha” se hace depender de la existencia de una dirección revolucionaria. Los trotskistas hemos afirmado que las desigualdades en el grado de descomposición de los aparatos burocráticos de corte fascista, y la gran desigualdad entre esta descomposición y el reforzamiento del aparato represivo, no sólo constituyen la consecuencia de las desigualdades en el proceso de reconstrucción del proletariado, sino que, a la vez, junto con la línea legalista y pacifista de las direcciones reformistas, proporcionan al capital un margen de maniobra para entorpecer y retrasar los grandes enfrentamientos de clase. Armar a la vanguardia proletaria exige una lucha sin cuartel contra las prédicas

stalinistas sobre la “huelga nacional”, la “huelga general demostrativa”, y contra todos los que esperan un hundimiento del Régimen desde dentro o una movilización uniforme extendida súbitamente por todo el país en la que la dictadura se disolvería como un azucarillo. Pero impone también una lucha clara contra las concepciones voluntaristas hacia las que deriva “en marcha”. En efecto, al atribuir a la “nueva extrema izquierda” el papel determinante en la frustración de los intentos de golpe militar terrorista y atribuirle un valor decisivo en el desencadenamiento de la huelga general tiende a considerar ésta como un “acto” dependiente de la implantación y las iniciativas de los “revolucionarios”. Lógicamente, ello les proporciona la coartada para no preocuparse por insertar su actividad dentro del esfuerzo de preparar al proletariado para las tareas de la huelga general a través de cada una de las luchas cotidianas por mínimas que sean. Habrá franquismo hasta que los “revolucionarios” hayan crecido.

Y bien, la explosión o encadenamiento de explosiones revolucionarias generalizadas que constituirán la huelga general hay que concebirlas ante todo como la culminación de amplias experiencias de acción directa de masas, que ya han comenzado a desarrollarse, y de procesos de radicalización de la vanguardia que no se circunscriben a las franjas influidas por el centrismo y el izquierdismo. Estos enfrentamiento evidentemente se producirán a pesar de la línea del PCE, a costa de su desbordamiento, pero sólo quienes acostumbran a identificar plenamente al proletariado con sus direcciones, como es el caso de la fracción escisionista de la LCR, pueden pasar por alto el que numerosos luchadores y organizaciones del PCE serán ganados por la radicalización y participarán en los combates, en la primera línea de la huelga general, antes de que hayan dejado de ser estalinistas.

¿Qué conclusiones sacamos los trotskistas de este análisis del periodo de huelga general? Es la necesidad de preparar al proletariado y a las masas en vistas a las tareas ineluctables de la huelga general, desde los actuales esfuerzos por despejar cada una de las vías de generalización de las luchas, poniendo en el punto de mira de todas ellas el blanco del derrocamiento de la dictadura y las consignas que lo impulsen, propagando y consolidando al máximo la experiencia de los instrumentos de democracia obrera (comités elegidos y revocables en asambleas, comisiones obreras unitarias y democráticas, sus formas de coordinación entre sí y con los organismos de otras capas en lucha, etc.) capacitando a la vanguardia amplia de la clase para su impulso, centralización y defensa creciente de las acciones de conjunto.

Pero lo fundamental es definir las relaciones entre las tareas planteadas por el periodo de la huelga general y el avance en la construcción del partido de la IV Internacional en el Estado Español. Dice una de nuestras tesis:

“El hecho de que tengamos plena conciencia de que nuestra actuación no es absolutamente determinante de este proceso, no se traduce en una actitud de pasividad oportunista. Pues sí dependen de nuestro combate la extensión de consignas de acción directa y de la democracia obrera a vastos sectores obreros y de la juventud y la conquista de capacidades de dirección de los mismos, Estas, pese a sus límites, no dejarán de repercutir en la amplitud y profundidad de los enfrentamientos de la huelga general revolucionaria. Sí dependen de nuestro combate la maduración de una extensa leva de obreros avanzados, sobre la base de posiciones de lucha de clases y descrédito acentuado de stalinistas, centristas e izquierdistas. Sí depende de este combate la mejora constante de las condiciones que permitan ganar a la política y organización trotskistas, a una franja de obreros de vanguardia, jóvenes y revolucionarios de otras capas, forjando incansablemente el embrión del partido leninista que, a través de la explosión de los agudos choques de clase impulsados por la caída de la dictadura que conducen a la HG, llegue a constituirse en factor absolutamente determinante de la situación, decidiendo aquellos choques de clase a favor de la toma del poder por el proletariado.” ([Tesis estratégicas aprobadas por el II Congreso](#))

Y con esto llegamos al tercer gran punto de divergencia. Pues en esta situación lo decisivo será la capacidad para que el partido trotskista gane la hegemonía y lleve al proletariado al asalto del Estado burgués. Es una tarea que ninguna “nueva extrema izquierda” va a resolver por los comunistas y la capacidad para resolverla no se va a improvisar no la va a obtener milagrosamente quien se haya negado a construir el partido desde ahora al calor del ascenso de las masas. El acento unilateral en la “extrema izquierda” no sólo da una versión voluntarista de la Huelga General sino que, como hemos afirmado ya, enmascara que la tarea central no es otra que construir el partido de la IV Internacional. Y hoy no podemos construir ese partido sino es a través de un curso hacia las masas, curso inseparable de una lucha a muerte contra el stalinismo, la socialdemocracia, el sindicalismo y contra todas las variantes del centrismo y el ultraizquierdismo.

Si la experiencia mundial del movimiento obrero no bastase, la experiencia en el propio Estado español sería suficiente para clarificar estos problemas. La crisis del sistema llevará a las masas a dislocar con su movilización todo el edificio del orden burgués, como lo hicieron en 1931.³⁷, no por obra de

ninguna “nueva vanguardia”, sino englobando como uno de sus factores las alas radicales que todo proceso revolucionario produce. Pero si la crisis del capitalismo lleva a las masas hasta este punto, es absolutamente incapaz por sí misma para engendrar la dirección revolucionaria, y esto no lo suplen las alas radicales de la vanguardia, ni las corrientes centristas “izquierdistas”: el POUM y la CNT fueron absolutamente incapaces y en modo alguno la “nueva extrema izquierda” actual tiene superioridad sobre ellos. Más aun, el factor fundamental de la degeneración de Nin y la OI, que marca la formación de ese “instrumento inadecuado” que fue el POUM, fue la adaptación a la CNT, pareja a una actitud sectaria ante las fuerzas obreras reformistas. Y esto fue, ni más ni menos, el camino del abandono del programa y del apoyo al Frente Popular. Los trotskistas no podemos echar en saco roto esta experiencia. Por ello, uno de nuestros primeros puntos de nuestro II Congreso, ha sido la asunción total del balance del POUM hecho por L. Trotsky.

14. La dirección de “en marcha” desarma a los militantes ante las alternativas frentepopulistas. La agudización de la lucha de clases polariza los campos en la sociedad y en el movimiento obrero. Todas las pseudoalternativas ocupan el lugar subordinado que les corresponde (por “radicales” y ruidosas que sean) y se enfrentan, en definitiva, las alternativas programáticas coherentes. En torno al Frente Popular, la colaboración de clases, además de sus más consecuentes promotores terminan congregándose a los monaguillos, como la CNT y el POUM, los centristas e “izquierdistas” de todos los tiempos.

Los camaradas de “en marcha”, siguiendo los pasos de la Ligue Communiste en las elecciones de marzo del 73, han abierto una puerta que sólo puede llevar a este punto muerto. La actitud que adoptan ante la “Asamblea de Cataluña” es la expresión más clara de la dinámica oportunista que entraña su negativa a luchar por una alternativa proletaria de Frente Único de Clase.

En efecto, a la vez que la burguesía en su conjunto cierra filas detrás de la dictadura de Franco y de los esfuerzos de ésta para frenar el avance en la generalización de las luchas, algunos políticos burgueses, de “oposición democrática” insisten en que para frenar la dinámica creciente de las acciones obreras y populares hay que “conceder” las libertades políticas. El gran capital, todas sus fracciones, cierran los oídos a esas propuestas, conscientes de que, a pesar de su buena voluntad, el PCE y demás reformistas no pueden garantizarle en modo alguno el éxito de tal operación. Esto no quita que los políticos de “oposición democrática” burguesa, el programa que representa, no sean una carta de recambio para

el gran capital cuando la lucha de masas haya echado a pique la dictadura. Ni quita que estos políticos burgueses demagogos, su ala izquierda, jueguen ya hoy un papel importante de freno de las luchas mediante sus alianzas con las direcciones reformistas del movimiento obrero. El PCE, concretamente, viene dedicando todos sus esfuerzos a la construcción del llamado “Pacto para la Libertad”, en el que trata de incluir políticos burgueses de “oposición democrática”, como puente hacia otros sectores de la periferia de los equipos políticos del Régimen, y con la esperanza de incorporar obispos, generales, y fracciones del gran capital. Toda la política del PCE va dirigida a subordinar la lucha de masas a este proyecto de alianza con la burguesía. La punta más avanzada de la coalición de políticos burgueses con las direcciones reformistas es Cataluña, donde se ha configurado la llamada “Asamblea de Cataluña”. ¿Qué representa esto?, ¿qué actitud exige por parte de los trotskistas, cuál es la actitud de “en marcha”?

Debemos, de nuevo, citar otra de las tesis fundamentales aprobadas en nuestro II Congreso: “Los trotskistas no tenemos nada que ver con los pedantes que desprecian la influencia de los pactos de las direcciones reformistas con los políticos burgueses “que no representan a nadie” (como a nadie representan los políticos republicanos que, sin embargo, presidieron en 1936-39 el desastre del proletariado). Cualquiera que sea la entidad actual de las concreciones del “Pacto para la Libertad”, esas concreciones resultan ya una máquina de guerra contra el avance de la lucha de las masas hacia la Huelga General revolucionaria. La “Asamblea de Catalunya”, las “mesas” y “coordinadoras democráticas” y organismos similares, son expresiones de una alianza entre las “sombras democráticas” del gran capital (que, en general, suelen presentarse como adalides “del pueblo” y, más concretamente, de las capas medias, sin que haya que olvidar la presencia de entronques directos con la banca) y la dirección del PCE y otras direcciones reformistas del movimiento obrero, flanqueadas por los organismo tipo comisiones obreras o de otras capas que controlan. Según los lugares y momentos, la incorporación de grupos pequeñoburgueses radicalizados, de centristas como Bandera Roja o incluso “izquierdistas” arrepentidos, puede aportar cierta animación a esas “mesas”, “asambleas” o “coordinadoras”. Pero lo esencial es que, en la alianza que reflejan, si la influencia de masas corresponde a las organizaciones de la clase obrera, el programa es el de la oposición burguesa “liberal” (del que las direcciones reformistas pretenden dar la versión más consecuente), a la que corresponde la hegemonía política.”

Este es el contenido de clase de tales organismos, que se esfuerzan por enmascarar diversos grupos centristas y “en marcha” con ellos. Algunos

definen a la Asamblea de Cataluña como conglomerado de fuerzas pequeñoburguesas “democráticas y antifranquistas”, más o menos paralizadas por la política del PCE. Los camaradas de “en marcha” pro su parte, hacen el siguiente análisis: “ninguna fracción de éste (de la burguesía) está representada formalmente en la Asamblea de Cataluña” “Existen... varias organizaciones políticamente pequeñoburguesas, pero que no representan la movilización o radicalización real de ningún sector de masas pequeñoburgués, estas organizaciones son verdaderos fantasmas políticos, son el único interlocutor que ha encontrado Santiago Carrillo”: por tanto, “la fuerza principal y el gran impulso de dicha Asamblea es el PSUC (PCE)”. Decididamente, los camaradas no entienden de políticas de alianzas, ni se dan cuenta de que en la época imperialista la burguesía actúa cada vez más en estos casos a través de “sombra”, de “fantasmas” si les gusta la palabra. León Trotsky en “Escritos sobre España. Última advertencia” afirmaba: “Políticamente, lo más sorprendente es que, en realidad no hay tal paralelogramo de fuerzas en el Frente Popular español: el lugar de la burguesía ha sido ocupado por su sombra. A través de los stalinistas, socialistas y anarquistas, la burguesía española se ha impuesto al proletariado sin siquiera tomarse la molestia de participar en el Frente Popular.” Lo que hay que señalar es cómo el desprecio tradicional en los izquierdistas del estado español, por esos políticos burgueses que “representan a nadie” sirve precisamente para que los camaradas de “en marcha”, con sus concepciones organizativas sociologistas burguesas de la hegemonía, le dan la vuelta al carácter de clase de la Asamblea de Cataluña. Explican este carácter de clase de la organización que es hoy su nervio fundamental (evidentemente, el carácter de clase del PCE es obrero). Este método antimarxista para analizar el carácter de clase de la Asamblea de Cataluña les deberá llevar al apoyo de la misma. Esto es lo que hicieron los camaradas franceses en ocasión de las elecciones llamando a votar a un embrión de Frente Popular, con la excusa de que la fuerza organizativa la tenía un partido obrero. Pero el método marxista, ante todo, toma en cuenta el carácter de clase del programa de esos organismos. Esto es lo que ha hecho el II Congreso de la LCR (hoy LC).

“Los programas “mínimos” de estos organismos de colaboración de clases, traducen el empeño de aislar algunas libertades democráticas y reivindicaciones elementales, excluyendo no sólo las reivindicaciones transitorias de tipo económico y políticos, sino incluso diversos objetivos democráticos de corte radical. La prosternación ante la propiedad privada y el Estado burgués es el juramento ante la biblia de esos organismos, y eso comporta necesariamente el abandono de cualquier pretensión de demoler el franquismo. Los “demócratas” burgueses no están dispuestos a la disolución de todos los cuerpos represivos especiales. Se niegan a exigir

responsabilidades por los crímenes de la dictadura y, en su lugar piden “amnistía para los dos bandos”. Son partidarios de mantener todos los pactos militares firmados por la dictadura, y enemigos acérrimos de la autodeterminación de las nacionalidades oprimidas, en cuyo rostro escupen promesas de “concederles” Estatutos de autonomía para mantener la violencia y la opresión sobre esos pueblos. Este es el programa al que se adaptan las direcciones reformistas, haciéndolo suyo. Cuando propugnan, sobre estas bases, unas elecciones “libres” y una “libre” Constituyente, hay que entender esas reivindicaciones dentro del marco del mantenimiento, intacto, del aparato de represión y opresión forjado por la dictadura, en el que un “Gobierno Provisional” sin signo institucional alguno”, formado por representantes del gran capital y de su Ejército de guerra civil, podrían convocar “elecciones” cuando les pareciese dominar la situación con el aval de las direcciones del proletariado.”

Pero después de analizar la composición y el programa de estos tinglados, el método marxista exige considerar su práctica: “Este programa comporta graves consecuencias prácticas. Su más inmediata expresión es el combate contra la Huelga General que desarrolla la dirección estalinista: las direcciones reformistas que promueven esos organismo y participan en ellos, no pueden dejar de llevar a la práctica de la lucha de masas los programas y los métodos de combate que corresponden a las exigencias de esos políticos burgueses cuya alianza estiman por encima de todo, interponiendo obstáculos fundamentales en el camino de la Huelga General. Nada obsta para ello la “nula representatividad” de sus componentes burgueses, su “nula fuerza”. Por el contrario, esa misma “debilidad” comporta mayores esfuerzos por parte de las direcciones reformistas para mostrar su “buena voluntad” frenando las luchas, en orden a desarrollar y ampliar clientela burguesa de tales conchabamientos. Si la intervención de esos organismo a veces se reduce aparentemente a sacar algunos comunicados es porque, entretanto, dejan el papel de portavoz fiel de las posiciones burguesas a la dirección y, sobre todo, a su fracción en CCOO. Una vez estas direcciones han hecho todo lo posible por ahogar el impulso de las masas cortando las vías de generalización de las luchas, en el momento de descenso de las movilizaciones, las alabanzas a la combatividad de los trabajadores orquestan los festivales “democráticos” con los que los órganos del pacto tratan de capitalizar las acciones precedentes.

Por tanto, los trotskystas tenemos una actitud completamente opuesta a quienes pretenden combatir la “pasividad” de la “Asamblea de Catalunya” con iniciativas para convertirla en un centro de movilización. Afirmamos que esos organismos vienen estando muy presentes en las movilizaciones y,

precisamente por ello, ocupa un lugar fundamental la lucha contra esta alianza de traición, la lucha por que las organizaciones obreras rompan todos sus lazos con la burguesía, por la unidad de las filas proletarias basada en la independencia respecto del enemigo de clase. Y esta lucha es tanto más importante, por cuanto esos órganos constituyen ya embriones de la alternativa gubernamental de coalición de las organizaciones con la burguesía que ésta necesitará con la liquidación del franquismo para detener a las masas. Por su composición, su programa y sus métodos, constituyen la garantía ofrecida al gran capital de que la acción de las masas será contenida al máximo y evitando el derrocamiento revolucionario del franquismo. Pero, al mismo tiempo, anudando desde hoy mismo un lazo “democrático” en la garganta del proletariado, tienden ese lazo para que el gran capital pueda aferrarse a él en un momento determinado.” [La redacción de la cita no concuerda exactamente con la de la edición del I tomo del II Congreso, la tomamos de allí, N d E] Estas son las posiciones basadas en el “Programa de Transición”

Frente a ellos, los camaradas de “en marcha” afirman una ambigua generalidad, a saber “La LCR juzga la efectividad de la Asamblea de Cataluña desde le punto de vista de su efectividad para le movimiento de masas, Y el juicio es negativo” ¿Cómo hay que entender esto? ¿

A partir de las movilizaciones? Sin embargo, pocos días después de esta afirmación, la Asamblea de Cataluña movilizaba unas 10.000 personas. Lo que destaca es la ausencia de criterios marxistas, según los cuales la “efectividad” se juzga a partir, ante todo, del carácter de clase y del programa. Al haber dado la vuelta al carácter de clase, la actitud ante la Asamblea de Cataluña tiene que ser forzosamente la misma actitud que ante un frente de organizaciones obreras reformistas. Y efectivamente, cuando se escindieron los camaradas de “en marcha” afirmaron que habría que exigir “que los partidos burgueses se vayan de la Asamblea de Cataluña”. Posteriormente, no se han atrevido a dar el paso consecuente, que era entrar en ese reagrupamiento, como el POUM en la “generalitat de Catalunya” en 1936. Pero puesto que sus análisis descartan ya la existencia de fuerzas “burguesas” en su seno, el camino está más expedito que nunca para que den ese paso, máxime cuando cada vez son más las fuerzas centristas que entran en la Asamblea de Cataluña. Evidentemente, la dirección de “en marcha” tiene que contar con la resistencia de los militantes a los que arrastró fraccionalmente negándoles el derecho a la fraternal discusión de3 estas cuestiones.

¡A estos militantes apelamos para que, con todas sus fuerzas, eviten que su dirección se lance por el mismo sendero que siguió Andrés Nin, el camino

de los guardaflancos “radicales” del reformismo y de la colaboración de clases!

IV. ¿POLÍTICA DE FRENTE ÚNICO DE CLASE O POLÍTICA “DE INICIATIVAS EN LA ACCIÓN QUE ARRASTREN A LA NUEVA VANGUARDIA?: ALGUNAS IMPLICACIONES TÁCTICAS

16. Por un Pacto de Clase contra la dictadura. La alianza con la burguesía “liberal”, con los sectores “progresistas” del gran capital, de la Iglesia y del Ejército en el pacto “para la libertad” que preconiza el PCE, es presentada a los trabajadores por la dirección de éste como una “ampliación del frente de las luchas”. Nosotros les decimos: este pacto sólo puede conducir a contener, y desviar y dividir esas luchas. Esta alianza, en detrimento del programa y los métodos de lucha de clases del proletariado, y adoptando el programa y los métodos de lucha de políticos burgueses, hoy mete palos en todas las ruedas del avance hacia la huelga general, y mañana, tras el derrocamiento de la dictadura, será la cobertura de los preparativos de la contrarrevolución burguesa.

Por el contrario, un pacto de Frente Único de todas las fracciones y organizaciones obreras abriría la posibilidad de dar solución a los intereses del proletariado y también a las aspiraciones progresivas del resto de clases y capas oprimidas. Hoy facilitaría su polarización alrededor de la clase obrera el proceso de la acción generalizada contra la dictadura del gran capital.

Cada paso en la unidad del frente proletario ensancha esas posibilidades. Pero no garantiza nada. Garantías decisivas sólo pueden venirle dadas por el programa de independencia de clase y los métodos de lucha proletaria impulsados por los comunistas.

Así, la política de Frente Único parte hoy de las exigencias más vitales del movimiento obrero y popular. Es necesario organizar las luchas generalizadas, que pueden vencer, impulsando planes de lucha de conjunto; defender cada combate aislado organizando la solidaridad en otros sectores; capacitar al proletariado para apoyar la revuelta de otros sectores oprimidos y ponerse a la cabeza de su movilización contra la dictadura. Es necesario preparar, a través de todo ello, los instrumentos que permitan engrosar el torrente hacia la huelga general y coordinarlo crecientemente. A los métodos legalistas de presión, de negociación, pacifistas, consustanciales a la política de Pacto para la Libertad, política de unidad de los obreros con las sombras democráticas de la burguesía, y a todas las posiciones

oportunistas que le hacen el juego, inseparables de concepciones demostrativas o pacíficas de la huelga general, la política de F.U. opone los métodos de la acción directa del proletariado y las masas, motor de la generalización y unificación de las luchas, por la ruptura de todos los puentes burocráticos y legalistas de conciliación (enlaces y jurados, CNS, política de convenios colectivos de la dictadura, etc.), por el desarrollo de la autodefensa desde los actuales piquetes en la perspectiva de la milicia obrera. Al programa “mínimo” peaqueñoburgués de los reformistas, la política de F.U. opone la lucha por un programa centrado en la acción directa de masas tras reivindicaciones democráticas y transitorias capaces de ir impulsando, organizando y dirigiendo el actual ascenso de las luchas obreras y populares hacia la demolición de la dictadura y la satisfacción de todas las necesidades elementales y fundamentales de las masas. A cualquier tipo de gobierno de coalición de los obreros con representantes de la burguesía, cuya finalidad es salvar la propiedad privada y el Estado burgués a la caída del franquismo, oponemos la lucha por un Gobierno de los trabajadores que lleva hasta el fin la destrucción del franquismo y garantice todas las libertades democráticas y nacionales, que expropie sin indemnización a los grandes terratenientes y capitalistas, imponga el control obrero de la producción y el monopolio del comercio exterior y arme al proletariado.

En esta dirección, a todas las organizaciones que hablan en nombre del proletariado, a las que se sumarán otras capas de oprimidos en lucha, las emplazamos a que rompan todos los pactos con la burguesía y unifiquen desde hoy sus esfuerzos en el impulso de las luchas hacia la huelga general para tumbar la dictadura e instaurar un gobierno forjado en el fuego de los combates, sin ningún ministro de la burguesía.

He aquí la orientación por la que hoy luchamos los trotskistas, que nuestro II Congreso ha aprobado en sus bases fundamentales y que implica el impulso intransigente de una línea clasista y el avance en la constgrucción del partido capaz de defenderla contra todas las líneas de colaboración de clases. Pues como dice uno de nuestros textos fundamentales: “Cada paso práctico en la unificación del frente proletario abre inmensas posibilidades. Pero no garantiza nada. Las garantías sólo pueden venir dadas por el programa de independenci8a de clase que impulsamos los comunistas.”

La fracción escisionista se suma al coro del resto de la “extrema izquierda” en el desprecio ante la necesidad de enfrentar una alternativa de pacto de frente único a la línea del pacto para la libertad. Se diferencia del resto de la “extrema izquierda” por hacer de cuando en cuando propaganda abstracta a favor del Frente Proletario y, sobre todo, en torno a los soviets.

17. Acerca de los métodos tácticos de F.U. Ya hemos apuntado las consecuencias que ello descarga sobre la necesaria utilización de los métodos tácticos de FU. El rechazo del método de construcción del Partido trazado en el Programa de Transición, que plantea la formación a través de los esfuerzos persistentes por impulsar una línea de masas sobre la base de un programa de lucha clase contra clase, conduce ineluctablemente a degradar los métodos del frente único a la categoría de trucos de aparato. En este terreno, los camaradas de “en marcha” son fieles seguidores de las concepciones propagadas desde ROUGE por el camarada Weber acerca del frente único, y cuyo espíritu esencial ha defendido recientemente el camarada Bensaid en el mismo órgano, en un artículo en torno a la política de la Ligue Communiste (Sección francesa de la Cuarta Internacional) en las elecciones de 1973. El razonamiento de este camarada era que la LC hoy podía participar en las elecciones con una política de voto a la Unión de la Izquierda en la segunda vuelta porque “se sentía fuerte”; la política correcta de un grupo pequeño, “deseoso ante todo de educar a sus militantes y simpatizantes”, hubiese sido probablemente la abstención. El significado objetivo de estas posiciones es: construyamos una organización fuerte con una línea ultraizquierdista, educando a nuestros militantes y simpatizantes contra toda ilusión en la unidad, enfrentándonos si es preciso a la necesidad de unidad del frente de combate del proletariado que éste experimente en todo el proceso de sus luchas, desarrollando durante las elecciones una política abstencionista, es decir, de neutralidad entre los partidos de la burguesía y los partidos obreros. Así llegaremos a ser tan fuertes como para poder participar en las elecciones, sin riesgo de que se deseduquen nuestros militantes y simpatizantes por el hecho de que, en lugar de darnos una política que tienda a liberar a los obreros de las ilusiones que inevitablemente se mezclan con su positiva tendencia a la unidad, despleguemos una política de refuerzo de tales ilusiones apoyando a un embrión de Frente Popular. De un modo grotesco, esta es la lógica ineluctable a que conduce la política de iniciativas en la acción, y la concepción de aparato de la construcción del Partido. Debemos reconocer que los camaradas de “en marcha” no han ido aún tan lejos, ni en la teoría ni en la práctica. Por el momento, ese tipo de posiciones les han ayudado a justificar lo esencial del pasado ultraizquierdista de la LCR, les empujan por una peligrosa vía en cuestiones como la de la Asamblea de Catalunya, y les mantiene aferrados en posiciones acerca de los métodos de frente único en las que el oportunismo se alterna con el sectarismo.

Desde inicios de la década, bajo el fuego de una explotación y opresión exacerbadas, el movimiento de masas expresa una serie de exigencias y rasgos fundamentales, que el próximo periodo va a acentuar cada vez más.

Así, la extensión del radio de acción de los combates obreros y su aplicación a capas periféricas del proletariado, a través de luchas que se estimulan intensamente unas a otras; la extraordinaria propagación de reivindicaciones unificadoras, económicas y políticas, la radicalización en aumento de las formas de lucha frente a los cauces fascistas, expresando la necesidad que experimentan las acciones obreras de escapar a la fragmentación impuesta por tales aparatos y levantar la unidad de la clase en lucha, sobre la base de las asambleas, la tendencia de estas asambleas a reclamar su control sobre los organismos de vanguardia (grupos, comités, comisiones, etc.) que han impulsado la lucha; la voluntad de resistencia obrera en la respuesta a los golpes criminales de la represión, y la popularización incipiente de piquetes de extensión y defensa de las acciones...

¿Qué nos muestran todos esos rasgos, entre otros muchos? Nos muestran que sectores cada vez más importantes de la clase sienten la necesidad de combatir como un todo, extendiendo sus luchas y unificándolas por encima de las diversas divisiones, contra todas las compartimentaciones burocráticas impuestas por la dictadura... concentrando toda la potencia dispersa en mil acciones en golpes de conjunto cada vez más decisivos contra la misma. Nos muestran que, para ello, resulta vital desbordar todos los “cauces legales” de división franquistas, romper con ellos en la acción directa de masas. Y que, en este combate, a través de choque frontales progresivamente agudizados con el aparato represivo, la clase tiende a satisfacer su necesidad de decidir por sí misma los objetivos, métodos y perspectivas de su lucha, en el seno de la democracia obrera.

La presente fase, en suma, pone más que nunca a la orden del día la lucha clase contra clase, la acción independiente de las masas contra el capitalismo y su dictadura. Refuerza la radicalización de las acciones, y de modo simultáneo, una poderosa tendencia a la unidad, ante la profunda división de las organizaciones obreras. Cuanto más se agudicen las contradicciones, más la clase obrera acentuará aquellas exigencias. Más desarrollará su disposición al combate de conjunto (y a la vez, su presión unitaria sobre las diversas organizaciones que presentan un panorama extraordinariamente fragmentado en formaciones distintas y contrapuestas, y marcado más por la influencia predominante de las direcciones reformistas, entre las que ocupa un lugar destacado el PCE). Frente a las exigencias de un combate clase contra clase, frente a la urgencia de impulsar, contra la explotación capitalista y la opresión del franquismo en declive, un frente único, las direcciones reformistas, stalinista y sindicalista tradicional y socialdemócratas, se han revelado sistemáticamente más dispuestas a intensificar sus esfuerzos en una y otra fracción de la

burguesía. Explotando cínicamente el lema de la unidad obrera, lo han usado como un cebo para encadenar a los militantes brotados de las luchas a líneas antagónicamente contrapuestas al FUP, líneas traspasadas por el espíritu de la colaboración de clases.

Pero, el movimiento de masas, impulsado por las brutales contradicciones capitalistas, no ha dejado de chocar con esas políticas desbordándolas continuamente en la práctica colocando a los militantes en conflictos muy agudos con sus direcciones.

Ello se ha expresado en un desgajamiento constante de militantes y organizaciones respecto de la órbita stalinista y sindicalista; en la constitución de círculos y núcleos nuevos, en ruptura con aquellas direcciones desde un principio, dando lugar a una corriente heterogénea y confusa, pero capaz en ciertas ocasiones, de iniciativas de lucha de clases con influencia de masas.

A través de todo este curso, los ramalazos de radicalización han ido penetrando en los propios feudos y santuarios del reformismo, en una trayectoria que se va desplazando hacia los grandes centros fabriles.

Como consecuencia de todos estos procesos, las direcciones tradicionales del movimiento obrero sobre todo a niveles locales se han visto una y otra vez forzadas, para no perder el control sobre los movimientos de masa y sus propios militantes, a dar pasos que hubieran preferido evitar en la ruptura con la burguesía, acumulando con ello nuevas contradicciones.

El amplio campo que todo lo anterior brinda a una práctica de FU, debe tomar en cuenta, además, el desarrollo impetuoso de las luchas estudiantiles, de la juventud, de profesores, etc. Estas luchas plantean ante todo la necesidad de afirmar la hegemonía política del proletariado, preparándolo para situar sus luchas en el centro de la revuelta de todos los oprimidos. La línea de FU, de clase y los métodos que lo vehiculizan es la única posibilidad de avanzar en esta dirección. Pero a la vez, la audiencia y capacidad de movilización masiva y autónoma que podemos conquistar los trotskistas en esos sectores, es capaz de acrecentar el alcance de nuestra política de unificación del Frente Obrero en torno a una línea de clase.

Para nosotros, la utilización de los métodos de FU es una constante de la política revolucionaria, constante que se plasmará en cada momento con un alcance desigual.

Este alcance, total o parcialmente propagandístico, o bien directamente abocado al impulso de acciones de masas bajo la presión de los comunistas no dependen de las “correlaciones de fuerzas” aparatistas de que nos habla “en marcha”. Depende de las relaciones dialécticas entre el empuje del movimiento de masas, sus lazos contradictorios con los aparatos tradicionales, entre los militantes de base y sus direcciones, la extensión de las posiciones y experiencias de lucha de clase entre el proletariado y otros sectores y sus franjas de vanguardia y la claridad política, dimensión orgánica y fuerza militante de la vanguardia comunista.

Pero cualesquiera que sean nuestra fuerzas, los trotskistas debemos defender incansablemente, formulando objetivos y propuestas tácticas y organizativas concretas, el impulso de respuestas unitarias, de masa, contra cada una de las agresiones del capital y la dictadura sobre el proletariado y el pueblo. Lucharemos para que éstas sean asumidas por todas las organizaciones de la clase obrera. Lo defenderemos incluso en aquellos casos en que nos enfrentamos a condiciones tan desfavorables, que limiten el desarrollo de esta orientación a un plano fundamentalmente propagandístico, debido a “nuestra correlación de fuerzas con los aparatos”. Cualquiera que sea el tamaño de una organización comunista, no tiene nada de “oportunistas” el que, al mismo tiempo que se esfuerza por desarrollar al máximo una dinámica independiente de agitación e impulso de las acciones de masas, confronta al conjunto de las organizaciones y militantes obreros con lo que deberían hacer, ya que hablan en nombre del proletariado, en aquellas circunstancias concretas. Por el contrario, ello permite empezar a demostrar, por limitada que sea esta demostración, a una franja de combatientes obreros, incluso algunos de los que todavía confían en direcciones reformistas, lo que pueden dar de sí estas direcciones, a partir de cada hecho cotidiano del enfrentamiento entre las clases. El comportamiento típico de “en marcha” son en cambio los llamamientos directos a las masas, eludiendo cualquier forma de emplazamiento de las direcciones traidoras ante las responsabilidades que les impone el contar con la confianza del grueso del movimiento obrero.

Allí donde una mínima influencia en la clase y acumulación de militantes nos impongan responsabilidades directas en la agitación de masas y organización práctica de las luchas, no esperaremos la respuesta de las direcciones reformistas para impulsar el combate por las necesidades reales de los obreros, intentando arrastrar al mismo a los militantes que dependen de esas direcciones. No perderemos de vista que serán forzadas a dar pasos favorables para la lucha o desenmascarse sin piedad, cuanto mayor sea la presión de las masas obreras y populares, que nos dedicamos tenazmente a tensar con un trabajo de agitación, propaganda y organización sistemático,

previniendo a los trabajadores de cualquier posible traición de los reformistas y centristas, salvaguardando en todo momento nuestra total independencia política y organizativa y libertad de crítica, antes, durante, y después de las acciones, construyendo infatigablemente la organización comunista. Y todo ello es tanto más importante, cuanto más se resalte la necesidad y el alcance práctico con que se plantea el recurso a esos métodos a los trotskistas.

18. Divergencias acerca del papel de CCOO y del trabajo en ellas. A la vez que en nuestra propaganda propugnamos la alternativa de pacto de clase contra la dictadura proponiéndolo a los diversos partidos y organizaciones obreras, en cada situación de la lucha de clases, y ante las diversas exigencias concretas emplazamos a estos partidos y procuramos impulsar acuerdos con ellos para responder a esas exigencias. No podemos exonerar a esas direcciones de su responsabilidad, ante los ojos de los trabajadores cuando en realidad son ellas las que sabotean en los organismos tipo CCOO y en todas partes, la acción práctica revolucionaria. Los trotskistas buscamos precisamente el impulso de esta acción práctica, pretendemos en todos los casos llegar a acuerdos prácticos, a llamamientos y compromisos concretos. En modo alguno nos interesa sacar manifiestos propagandísticos de contenido político híbrido, cuyo único papel sería cubrir las traiciones prácticas de esas direcciones con el aval de la firma conjunta con los trotskistas de un manifiesto que no compromete a nada real. Somos conscientes de que en la mayoría de los casos, en las actuales condiciones, esas formas forzosamente circunstanciales de frente único entre partidos ofrecen un escaso margen de control sobre las direcciones oportunistas, tienen un alcance de movilización frecuentemente limitado y se transforman fácilmente en coartadas para dar la espalda a las exigencias de las luchas. Esto nos impide ver en estas formas hoy por hoy la concreción fundamental de nuestra lucha por el frente único.

Por el contrario, la reconstrucción del proletariado del Estado español en su lucha bajo y contra el franquismo se ha realizado a partir de un determinado estadio, en torno a la formación de organismos unitarios de vanguardia amplia con base en la empresa, organismo que por las propias condiciones del franquismo no se limitan a cubrir de algún modo tareas sindicales, sino que se ven impelidos por la propia dinámica de los enfrentamientos de clase, a jugar un papel de organismo representativos de la lucha de la clase en todos los terrenos. Las contradicciones introducidas en estos organismos (CCOO) por la hegemonía reformista, ha provocado una crisis seria de los mismos, numerosas deformaciones, con particular gravedad cuanto más se elevan los niveles de coordinación. Ahora bien, su adecuación a las exigencias de la lucha en condiciones de inexistencia de

sindicatos y de partidos de masa, hacen de estos organismos basados en la empresa un factor estructural de primera importancia en todo el desarrollo de la lucha de la clase. Por otra parte, a medida que otras capas de la población han ido entrando en lucha han debido calcar, con peculiaridades, el modelo de organismos unitarios del proletariado que se ha demostrado en todos los casos como el más capaz para vertebrar al movimiento.

Es en Comisiones Obreras donde ciframos los trotskistas la base orgánica fundamental del Frente Único del proletariado militante. A su carácter estable, añaden la ventaja de su mayor ligazón con el movimiento de masas, el hecho de vehiculizar el flujo principal de la cristalización de la vanguardia amplia y su mayor capacidad de movilización. Son pues organismos más expuestos a la presión de las luchas, de la radicalización de las masas en lucha. Por otra parte, Comisiones Obreras constituye la organización tradicional, que ha jugado un papel importante en casi todas las movilizaciones significativas desde hace una década. Los trotskistas, para contrarrestar la fragmentación del movimiento y avanzar hacia combates generalizados, impulsamos las CCOO como organismo democráticos de frente único de los obreros de vanguardia, abiertos a todos los luchadores. Consideramos que deben desempeñar un papel fundamental en el impulso de las luchas de conjunto y del surgimiento de los comités elegidos y revocables en asambleas y su coordinación avanzando hacia formas orgánicas superiores de F.U.P.

Al mismo tiempo, la experiencia de la pasada década, y en particular de luchas recientes, muestra la capacidad de CCOO para centralizar el combate de todas las capas en lucha mediante su coordinación con los organismo unitarios de estas capas sobre la base de objetivos, métodos y formas de organización masivas proletarias. Por ello, a la vez que en nuestra propaganda planteamos la necesidad de que CCOO y los organismo unitarios de otras clases formen (con el estímulo de los partidos que se apoyan en la clase obrera) el Frente de Clase contra la dictadura franquista, ante cada plan de lucha conjunta que proponemos en una coyuntura determinada, ante la necesidad de apoyo a una lucha o de organizar una acción conjunta, procuramos impulsar la coordinación efectiva de CCOO y esos organismo para el desarrollo de aquella acción con los objetivos, formas de lucha y organización que pueden permitir su eficacia.

Este es, pues, el pivote orgánico de nuestros esfuerzos, en el que tratamos de hacer repercutir la influencia de que podamos gozar en tal sector obrero, o de otras capas. Lejos de contraponer las formas superiores de unidad de clase (como los comités elegidos) a las comisiones, pensamos que las comisiones con las más capaces de impulsarlos. Lejos de subordinar las

comisiones a una dinámica de pactos entre partidos, y en función de las respectivas caracterizaciones que hemos esbozado, recuperamos la bandera que presidió el nacimiento de Comisiones: ¡Por la unidad de todos los partidos, organizaciones y militantes obreros en CCOO! Y por ello, el primer punto de las propuestas que solemos hacer en las reuniones con otros partidos es el de impulsar la unificación de CCOO para impulsar las acciones precisas por los objetivos, formas de lucha y organización apropiados, y planteamos que los partidos tiene que respaldar y apoyar todos los acuerdos de Comisiones que signifiquen un paso adelante para la lucha.

Esto significa nuestra afirmación de que CCOO tiene que ser la base orgánica fundamental de un pacto de unidad proletaria, para la preparación en el impulso de las luchas actuales de la acción de masas hasta el derrocamiento de la dictadura por la huelga general revolucionaria. Esta defensa del papel de centro organizador, por parte de las CCOO, de la lucha clase contra clase, de la alternativa proletaria a las diversas capas oprimidas que entran hoy en el combate, se alza como alternativa proletaria a todos los intentos de encadenar a las CCOO como apéndices de las mesas “democráticas” de pacto con la burguesía, a todos los intentos centristas de reducirlas de modo abierto o encubierto, al papel de sindicatos, que facilitan la línea del PCE.

En realidad, la necesidad de apoyarse en organismos cuyas características son las propias de un marco orgánico de frente obrero, constituye el punto más agudo de las contradicciones del stalinismo. De ahí que éste, que por la inexistencia de sindicatos de masas no puede prescindir de Comisiones, las mutile y sabotee a cada paso para poderlas instrumentalizar al servicio de una política contraria al impulso de clase que ha creado Comisiones. En particular, a medida que se entra en el camino de la lucha generalizada, las contradicciones de una política opuesta a que la lucha se generalice por la acción directa de masas (que es la única forma de generalizarse frente a la dictadura) y más aun a que el proletariado aparezca a la cabeza de las masas oprimidas en lucha: la coordinación de CCOO con organismos de otras capas constituye en la práctica una alternativa operante a sus mesas y asambleas del “Pacto para la Libertad”. De ahí que el estalinismo se acomode hoy a los esfuerzos sindicalistas y centristas por encerrar a comisiones en un supuesto papel simplemente sindical imposible bajo el franquismo. Y ponga toda el peso en los organismos del “Pacto”, y donde estos no alcanzan, en los acuerdos entre partidos con participación burocrática de comisiones.

Es una alternativa muy clara la que está en juego para el movimiento obrero. Sin embargo, los camaradas de “en marcha” tienen otras preocupaciones. A ellos no les preocupa tanto ser los que impulsen la acción práctica revolucionaria de masas con más eficacia como que el nombre, la propaganda y las acciones “revolucionarias” de su organización aparezcan y suenen, lo más espectacularmente posible. A la vez, quiere auparse a los grupos “radicales” de “extrema izquierda”, que tiene tan poco peso en muchos casos en el movimiento. Por lo tanto, les importa poner en primer término los acuerdos entre partidos, donde su firma puede brillar “autónomamente”.

Paralelamente, se alinean con numerosos centristas, sindicalistas (y con los propios estalinistas) al esforzarse por reducir a CCOO a un nivel cuasi-sindical de hecho. Según los camaradas de “en marcha”, el crecimiento de CCOO, a través de las actuales luchas se realizará de forma que la franja estable de Comisiones permanecerá organizada por objetivos inmediatos, sin tener en cuenta que va ser imposible dada la dinámica que imprimirán a las luchas las contradicciones del capitalismo y la dictadura en crisis. Cuando el avance en la generalización de las luchas subraya más el tipo de exigencias que deberán asumir las CCOO los camaradas de “en marcha” ignoran lo que ya hace nueva años saltaba a la vista excepto para los ciegos sindicalistas. Recientemente, en una coordinadora de Barcelona, un camarada de “en marcha” afirmó: “las CCOO no tienen alternativas políticas a la dictadura”. A lo que un dirigente del PCE respondió, muy correctamente: “Sí la tienen (el “Pacto para la Libertad”)”. Quien no tiene alternativa es “en marcha”. En un principio los camaradas de “en marcha” manifestaron un gran temor ante una línea que quisieran independientemente de la situación y del estado de espíritu de las masas, hacer asumir a las CCOO la “totalidad del programa del Partido”. Para prevenir este peligro la alternativa de los camaradas ha sido proponer, como alternativa al Pacto para la Libertad, al programa mínimo frentepopulista, una “plataforma de acción para todo un periodo”, es decir, un programa mínimo “rojo”. Los camaradas deberían aprender que “lo que distingue la época actual no es que libere al partido revolucionario del trabajo prosaico de todos los días, sino que permite llevar esa lucha en ligazón indisoluble con las tareas de la revolución” (P.T.) “Hay que ayudar a las masas en el curso de la lucha diaria a encontrar el puente entre las reivindicaciones actuales y el programa socialista de la revolución. Este puente tiene que incluir un sistema de reivindicaciones transitorias, que partiendo de las condiciones actuales y de la conciencia actual de amplios sectores de la clase obrera lleve invariablemente a la misma conclusión: la conquista del poder por el proletariado” (P. T.). Nosotros estamos también contra métodos ultimatistas y sectarios dirigidos a que CCOO “firmen” el

programa trotskista. Pero no por ello dejaremos el programa a un lado, ni limitaremos artificialmente lo que CCOO debe asumir. Los comunistas luchamos para que CCOO haga suya la alternativa de unificación del proletariado en torno a un programa de independencia de clase que no es otro que el Programa de Transición para que CCOO se dote de las armas necesarias para dar una respuesta a la dinámica de las actuales luchas por reivindicaciones económicas y democráticas elementales avanzando hacia medidas transitorias y el gobierno de los trabajadores que debe realizarlas. Por el contrario quienes pretenden limitar “programa de etapa” tendrán que ir corriendo a buscar un nuevo programa de recambio cada vez que las masas alcancen una nueva aspiración, Y a eso se le llama ir a rastras del movimiento (de las corrientes predominantes en él). Nosotros no determinamos el qué hacer en CCOO por el proceso de radicalización que seguirán los obreros de vanguardia, sino que partiendo de las tareas que objetivamente vienen impuestas aceleramos el mismo proceso de radicalización de esos obreros.

En definitiva, la caracterización de CCOO que hacen es una fotografía de las peores deformaciones impuestas por los estalinistas, sindicalistas y centristas, que ignora toda la trayectoria y la realidad actual de las mismas. Y tras este reconocimiento, su propio método les lleva a adaptarse oportunísticamente al “atraso” y “nivel mínimo” que imaginan en CCOO. No es sólo que se equivoquen considerándolas de hecho como sindicatos, sino que se incapacitan para hacer el trabajo sindical propio de revolucionarios.

Sin embargo, los camaradas tienen voluntad revolucionaria. De ahí su mala conciencia por dedicarse a las “necesidades vitales” de las masas, que para ellos es cosa aparte del programa revolucionario. Por esto su Congreso debió terminar la resolución sobre intervención en CCOO afirmando: “nuestro trabajo autónomo no es determinado por “lo que pueden firmar las CCOO” o “lo que comprenden las masas”. Pretendemos modificar constantemente el estado de espíritu de la clase, el nivel de conciencia de la vanguardia preparando los enfrentamientos de mañana que, sólo con esta condición, podrán llevar a la victoria,. Debemos recurrir a una “pedagogía en la acción” que de momento sólo alcanza a una parte de la vanguardia obrera amplia sin tener al principio una influencia de masa. Pero el criterio de intervención de los revolucionarios no se determina inmediatamente sólo por el estado de espíritu de las masas, sino también por la situación objetiva, y en definitiva, por los intereses últimos del proletariado”. (¡!)

En este sólo párrafo (“Resolución sobre la intervención en el movimiento obrero organizado”, nº 18) se encierra toda la lógica de intervención de “en

marcha”, toda su ignorancia del marxismo, todo su desprecio por la clase obrera y toda su obsesión enfermiza por “desmarcarse” del reformismo mediante operaciones marginales que encubran las capitulaciones prácticas. Los revolucionarios, representan los intereses históricos... cuando están fuera de CCOO, haciendo “trabajo autónomo”, iniciativas que alcanzan a la nueva vanguardia (se supone), “pedagogía en la acción” rompiendo cristales o quemando tractores. Con esto, cubren la necesidad de no determinar su intervención “sólo por el estado de espíritu de las masas”, sino “también por la situación objetiva”... Dicho de otra forma, el trabajo “no autónomo”, la intervención en CCOO se determina por “lo que comprenden las masas”, no tiene que ver con los intereses históricos, sino con los inmediatos (que deben ser contradictorios o por lo menos sin relación con aquellos), intereses que, “naturalmente” deben de representar los stalinistas y sindicalistas. Dicho más brevemente, capitular y tranquilarse la conciencia.

Mas he aquí que los camaradas de “en marcha” exclaman que defender y propagar el programa revolucionario, ¡todo el programa!, es propagandismo, pero vamos a ver cómo el propagandismo lo introduce su “plataforma de periodo” mínima. Toda la concepción del trabajo de tendencia en el movimiento obrero de “en marcha” manifiesta dónde está el propagandismo. Y es este punto del trabajo de tendencia el último que vamos a tocar en lo referente a los métodos tácticos del frente único en el campo obrero.

Los comunistas, al tiempo que defendemos la totalidad del programa en la propaganda y en la lucha ideológica en el seno de CCOO, y fuera de ellas damos respuesta a cada uno de los golpes de la burguesía y de la dictadura por avance de los temas de una parte de ese programa, como las únicas que responde a las exigencias que tienen planteadas los obreros. La fracción comunista lleva un trabajo permanente de concreción de su programa a la situación objetiva en cada momento, en forma de planes, de propuestas de acción que abarquen las exigencias de impulso de la lucha en un punto y momento determinado teniendo en cuenta la situación del movimiento en su conjunto. Es en base a estas alternativas concretas sin más cómo es posible aglutinar en la lucha común a militantes de otras organizaciones o a compañeros entrados recientemente en CCOO. A través de esas batallas parciales se desarrollará en el seno de CCOO una corriente, una tendencia, que a través de cada acción concreta desarrollará las posiciones de lucha de clases. A partir de este trabajo de tendencia, de “abajo hacia arriba” palanca de la lucha de masas, es posible la decantación de franjas de obreros hacia posiciones comunistas. Aunque los esfuerzos de los trotskistas y sus simpatizantes por montar la tendencia son permanentes, ésta, por el grado

de construcción del partido entre otras razones, no puede ser una organización estable, sino una perspectiva de trabajo constante, concretada en reagrupamientos más o menos temporales. El partido, la fracción comunista, es la espina dorsal de la tendencia lucha de clases para impulsar las movilizaciones de las masas según una línea independiente de clase.

En cambio, la fracción escisionista se propone la reacción de una “tendencia revolucionaria” (¡) estable, en torno a un acuerdo sobre nueve puntos que ni son el programa del partido ni se reducen a los objetivos que el impulso de una línea de combate de la clase exige en un momento determinado. Este engendro presenta una cara sectaria, al cerrar el camino a una coincidencia puntual de una franja de vanguardia, en la acción al exigir la firma, al margen de una dinámica de lucha de una lista de puntos proyectados burocráticamente por la propaganda. Es una vieja desviación burocrática sectaria del planteamiento de tendencia. Pero una vez más, estos rasgos izquierdistas son la otra cara de la moneda del oportunismo, En efecto, sólo los oportunistas pueden pensar que sus nueve puntos son suficientes para que un agrupamiento garantice su capacidad para dar alternativas correctas en cada momento. Pensar que existe este marco fuera del partido es propio de centristas. La fracción de los comunistas en CCOO, es decir, las células de la LCR y los simpatizantes aglutinados en torno a ellas, que tiene una comprensión común de los acontecimientos, de las leyes que los mueven, de las tareas que éstas marcan, comprensión que les da el programa marxista, son los únicos capaces de garantizar permanentemente las respuestas necesarias a la clase. Ellos son la única “tendencia revolucionaria permanente” en CCOO.

Tras nuestras críticas, inquietos por sus propias afirmaciones, los camaradas de “en marcha” pasaron a poner el acento en que tal tendencia revolucionaria se formaría en un “proceso”, no es para mañana, etc. Sin abandonar la propaganda por los nueve puntos, afirmaban la necesidad de un trabajo de tendencia puntual, sobre aspectos concretos de la intervención (reagrupamientos coyunturales de los militantes de CCOO partidarios de la reunión de una asamblea, de la elección de un comité de huelga, la organización de piquetes de autodefensa, por ejemplo), Este “tournat” limando los aspectos sectarios, refuerza la cara oportunista, abriendo la puerta al unitarismo de corrientes “radicales” sobre la base de acuerdos mínimos limitados artificialmente en función de las alas más oportunistas dentro de esas corrientes “radicales”. Por otro lado, coherentemente con el planteamiento que se hacen los camaradas del trabajo en CCOO, sigue dejando de plantear alternativas concretas que abarquen el conjunto de exigencias prácticas en un momento dado, sigue negándose a un trabajo sistemático de propuestas de planes de acción. Prefieren los aspectos

“puntuales”: (por ejemplo los piquetes de autodefensa propuesta que sirve para el “desmarque”, pero para nada más aislada de un plan de conjunto).

En sus dos aspectos, su concepción del trabajo de tendencia tiene una base común: no se establece un función de las exigencias objetivas y prácticas de impulso de la lucha de la clase, sino en función de conseguir aglutinamientos con la “extrema izquierda”. Consecuentemente, en ambas versiones se trata de un enfoque propagandista, que no pone en el punto de partida las necesidades objetivas de impulso de la lucha de masas,. Por más que se empeñen en negarlo, no sólo la “plataforma de periodo”, sino la misma forma de plantear los reagrupamientos “puntuales”, no son sino “instrumentos de conquista ideológica de la vanguardia en el seno de CCOO”, y hay que añadir, instrumentos de conquista centrista de los centristas. Por lo demás, toda su práctica se viene basando en la combinación de propagandismos puntuales, ideológicos, abstractos, de comités elegidos, o piquetes, u otros “aspectos” desligados del conjunto de necesidades en una situación dada, por una parte, y por otra, su cultivo de agrupamientos marginales, automarginados, semiescisionistas e incapaces de impulsar ninguna acción de masas junto con sus apreciados “revolucionarios” de la “nueva extrema izquierda”.

V. ADELANTE EN LA CONSTRUCCIÓN DEL PARTIDO DE LA IV INTERNACIONAL EN EL ESTADO ESPAÑOL

Tras su escisión, la LCR (hoy LC) dirigió a los camaradas de “en marcha” el siguiente llamamiento publicado en el nº 11 de COMBATE:

Camaradas de la fracción minoritaria de la LCR, el II Congreso de la LCR no es un congreso fraccional, sigue siendo el vuestro y el nuestro. Su preparación está en marcha. Vosotros tenéis un puesto para discutir en el mismo. No a través de un representante para discutir sobre la escisión, sino mediante una representación proporcional a vuestras fuerzas y para realizar el debate trotskista que la ruptura ha interrumpido. Con vistas a la representación democrática en este Congreso, renovamos nuestra propuesta de comisión paritaria en la que deben incluirse un representante de cada tendencia de la IV Internacional. Por nuestra parte, está el convencimiento de que, a pesar de esta ruptura contra la que hemos luchado con todas nuestras fuerzas, el debate sigue siendo posible y necesario.

Los camaradas de “en marcha” siguieron ignorando este llamamiento, como habían ignorado nuestras propuestas para evitar la escisión. Y lo que

es más grave, profundizaron cada día más en la práctica las posiciones oportunistas para cuya defensa habían realizado la escisión. El II Congreso de la LCR (hoy LC) constató con pesar este curso de alejamiento del trotskismo, que les distancia cada vez más de la construcción del Partido de la revolución en el Estado español, y de la IV Internacional. A partir de ese congreso, habiendo quedado establecido en firme dos organizaciones, dos partidos, la LC tratará de que se profundice el debate sobre la construcción del Partido en el seno de la IV Internacional y a la vez, se esforzará por hacer vivir en la lucha de clases las posiciones del “Programa de Transición”, pugnando por ayudar a los militantes erróneamente orientados de “en marcha” para que ante los golpes de la lucha de clases, detengan su curso oportunista y se incorporen al combate por la construcción del partido.

BOLETIN N° 20

S U M A R I O

LA CRISIS DE LA LCR Y LA ESCISION DEL "EN MARCHA", por el Buró Político de la Liga Comunista española (anteriormente, la Tendencia Enroscujada).

CARTA A LOS COMARADAS DE LA LIGA COMUNISTA INTERNACIONAL (anteriormente, la Tendencia Enroscujada), por el Buró Político de la Liga Comunista española (anteriormente, la Tendencia Enroscujada).

EN TORNO A LAS POSICIONES MANTENIDAS POR LA LIGA COMUNISTA (SECCION FRANCESA DE LA CUARTA INTERNACIONAL) EN LAS ELECCIONES LEGISLATIVAS DE MARZO DE 1975, por el Comité Central de la Liga Comunista española (anteriormente, la Tendencia Enroscujada).



Grupo Germinal
en defensa del marxismo

Edita: **GRUPO GERMINAL** (en defensa del marxismo)

Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es

Visita nuestra página: www.grup-germinal.org